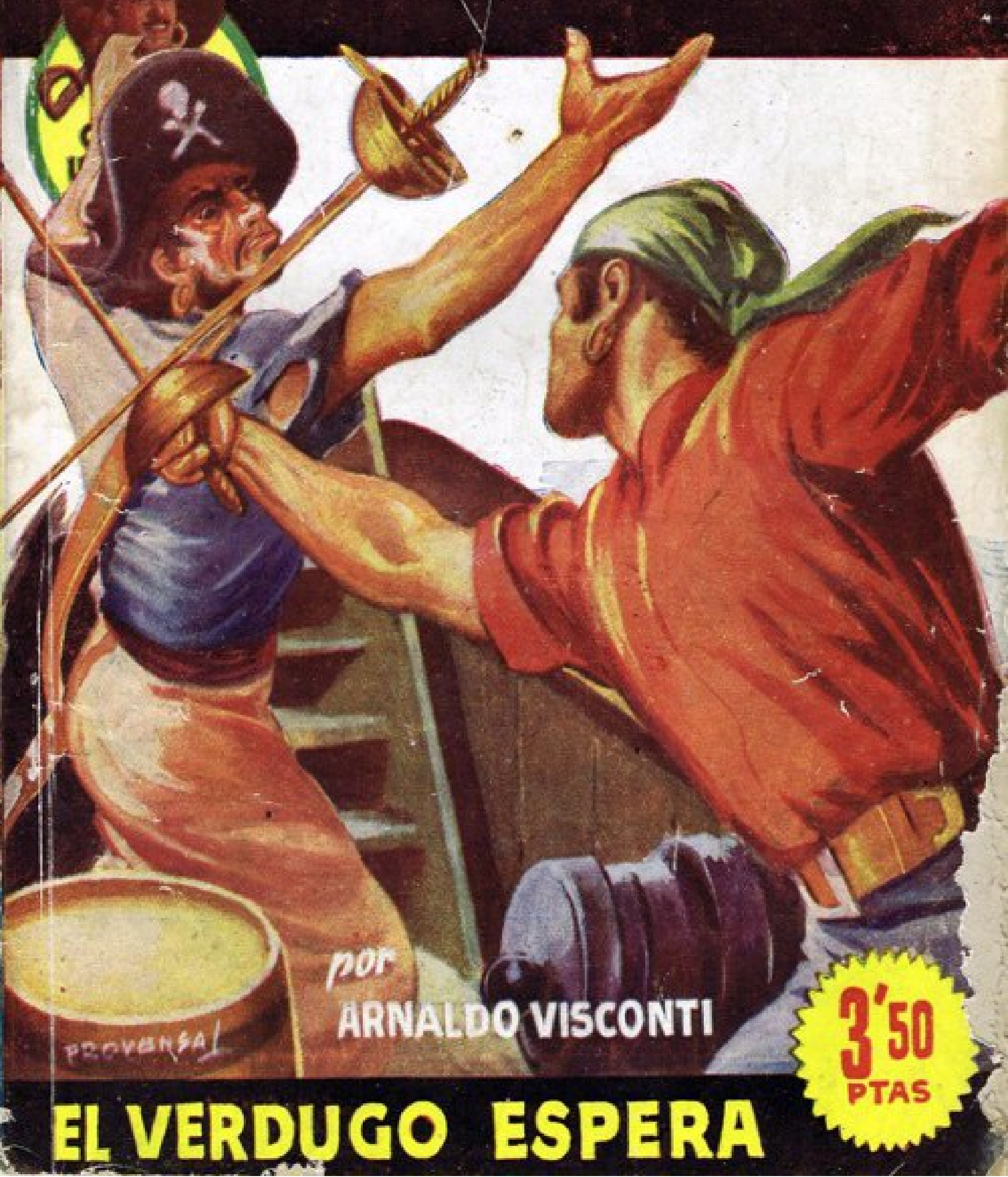
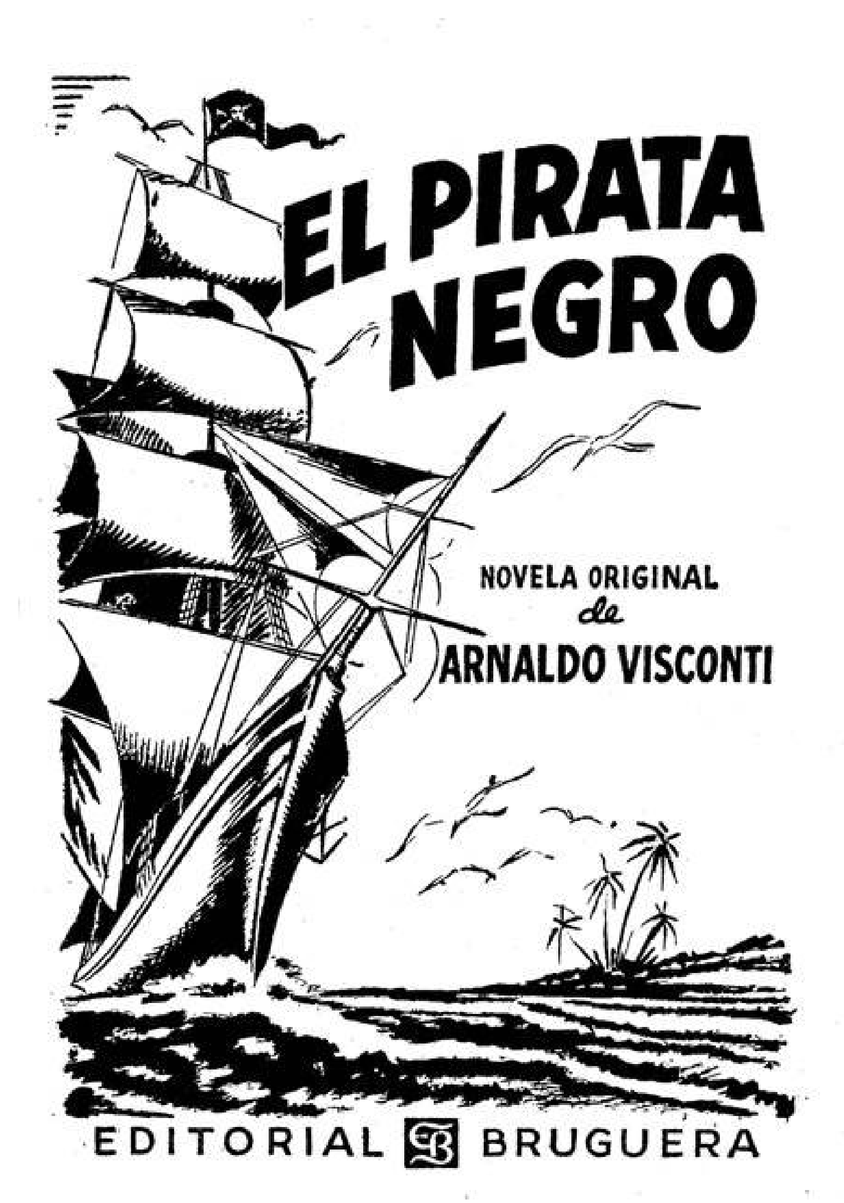
EL PIRATA NEGRO



EL VERDUGO ESPERA


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El verdugo espera

Colección El Pirata Negro n.° 66

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


El
VERDUGO
ESPERA

CAPÍTULO PRIMERO

Patíbulo permanente

Noviembre rezumaba líquida melancolía por las grises paredes de los edificios que componían la ciudad elevada que en la altiplanicie de Bogotá, llevaba nombre de emblema y símbolo.

Santa Fe de Bogotá iba lentamente despertando, como a regañadientes. El grisáceo livor del amanecer tenía flecos de neblina lluviosa, y en los hogares, los que debían, por sus quehaceres, levantarse pronto, lo hacían remolones, arrancándose pesarosos al blando calor de las sábanas.

De por sí perezoso, el temple criollo más lamentaba tener que madrugar...

Y si otras voces, cocineras o madres, acudían al sonsonete alentador de: " —Café calentito y tejeringos recién sacados del horno"... por aquella lívida madrugada, entonaban cantinela de extraño significado: "— No habrá sitio en la Plaza del Adelantado"...

Igual advertencia iba repitiéndose de casa en casa, y producía, pese al inhóspito y desagradable día, más influencia que la promesa de brebaje confortante.

Los varones casados daban cariñosa palmada a sus cónyuges, repitiendo como contraseña:

—Plaza del Adelantado. ¡Aúpa, mujer!

En otras alcobas era ella la que cogía por el cabello o por el gorra de lana al friolero, para decir machaconamente:

—Llegaremos y no habrá sitio.

Una abuela que consentía excesivamente a sus hijos, iba llevándoles el café al lecho, aunque para el servicio, tuvieran criadas.

Y el nieto que despabilados los ojos esperaba en pie en la camita, afirmaba:

—Yo también ir a la Plaza del Adelantado.

Pero la anciana replicaba gruñona;

—Los niños no van a la Plaza del Adelantado, y Dios quiera, que cuando mayor seas, no tengas que ir de curioso. Bochorno sería para la gente de bien que continuara habiendo esas cosas.

Todas las clases sociales tenían, al despertar, la misma referencia a la Plaza del Adelantado.

Y si el servicio no era pulcramente atendido, la esposa, en vez de recriminar a las criadas, las defendía frente al marido que se quejaba de la frialdad de su desayuno.

—También las pobrecitas tienen derecho a divertirse-dijo una dama con inconsciente crueldad.

Toda ciudad naciente, que ha poco abandonó sus harapos de aldea para ascender a villa, posee un presunto tonto, objeto de burlas y escarnios, y muchas veces aprovechado listo que vive a expensas de los demás, diciéndose para su coleto; “dadme pan y llamadme tonto”.

El tonto de Santa Fe de Bogotá era el pintoresco Juan Palomo, cuya rolliza figura pregonaba que vivir sin trabajar no le producía quebraderos ni flacuras.

Y Juan Palomo era reputado como el último que se enteraba de cuanto ocurría.

Había elegido para dormir el establo donde los caballos de un rico hombre eran atendidos con lujos y dispendios costosos.

Gruñó, lamiéndose varias veces los labios, cuando en el establo oyó pasos, y removerse de personas.

Dióse vuelta en la paja tratando de recuperar el sueño, pero ya no pudo dormir; se lo impedía el comprobar que a hora tan temprana, los postillones estaban, no sólo abriendo las compuertas sino que armaban un infernal ruido acarreando los arreos de tiro, que iban colocando en los lomos equinos, mientras otros lacayos, los de a pie, sacaban la carroza.

—Tienen sillón en la galería de la balconada-dijo uno de los palafreneros.

—Más listos tendremos nosotros que ir, si queremos pillar hueco desde donde ver.

Entró una criada portando dos jarros humeantes.

—Id deprisa, holgazanes —apremió—. Que ancha es la Plaza del Adelantado, pero no quiero yo estar demasiado lejos.

—A ti, paso te dejarán-comenté picarescamente un lacayo —. Bastará que luzcas tus andares, para que todos los guapos procuren dejarte delante de ellos.

Siguieron las chanzas y cuchufletas, pero Juan Palomo no las escuchaba. Estaba intrigado.

Conocía él la plaza del Adelantado, y no veía a qué venían tantas prisas por ir hacia ella. Era la plaza mayor de la ciudad, vasta y cuadrada sobre la cual daban balconadas de casas principales, y en cuyos soportales solían hacinarse los pedigüeños alrededor de los mercados improvisados, donde soldados y criadas tenían por costumbre darse citas, bofetones y otras lindezas.

—Hola, Juan Palomo-saludó la criada —. Acércate que queda leche recién ordeñada, donde puse pan tostado. Trae tu escudilla.

Obedeció él acercándose mientras se rascaba a conciencia la espalda, bostezando ampliamente.

Fueron yéndose los mozos de establo y lacayos, y la criada vertió en la escudilla la mitad de lo (pie quedaba en el único jarro que aun contenía algo.

Luego se dispuso a beber del propio jarro, pero se lo impidió la espontánea risa que provocó en ella la ingenua pregunta de Juan Palomo:

—¿Hay boda de principales o bautizo de grande por esta mañanita en la Plaza del Adelantado?

Cuando la moza cesó de reír, apuró la leche, y masticando el pan a la vez que lo hacía Juan Palomo, dijo:

—Tonto eres, Juan Palomo.

—Gorda estás tú y bien te sienta —replicó él audazmente, sin que su rostro cambiara de expresión.

—Cállate, necio, que no to lo pregunté.

—Dime tú que eres lista, lo que pasa en la Plaza del Adelantado, que todos queréis ir.

—Reparten monedas-mintió ella —. Y el que primero llega toca a triple. Juan Palomo partió raudo cual flecha, y no pudo oír las risotadas de la graciosa.

Pero a medio camino se detuvo. No comprendía por qué también

iban los señores en carroza a buscar limosna...

Como ya estaba cercano, siguió andando, y al desembocar en una de las cortas calles que conducían a la Plaza del Adelantado, persignóse con aspavientos:

—¡Ave María Purísima! Yo no he hecho nada... Juro que soy inocente. No más —que dos pollos robé en mi pecadora vida, porque el primero me supo a poco y tentóme el manjar de rico...

—¿Qué letanía estás rezando, gandul? —interpeló un transeúnte, que reñía tras Juan Palomo.

—¿No veis... aquello? —lloriqueó el tonto.

Y su temblorosa mano sucia señalaba hacia el centro de la plaza, donde en estrado recubierto de negras telas, una silueta roja se alzaba, siniestramente gallarda.

Una capucha puntiaguda cubría todo el rostro y medio pecho de la silueta, con vibrante colorido granate, dejando sólo dos orificios a altura de los ojos. Unas babuchas y calzas del mismo color ceñían pies y piernas hasta el cinto, donde un jubón negro ajustaba el tórax.

Y la fúnebre silueta enmascarada, abierta de piernas, apoyábase sobre un hacha cuya media luna descansaba encima de un yunque de obscura madera.

—Es el verdugo-aclaró innecesariamente el sensato.

—Pero ayer por aquí pasé y no había cadalso-gimoteó el tonto.

—En esta noche lo levantaron, y no lo quitarán hasta que no quede vencido hasta el último de los bandidos que se esconden en “Aguas Revueltas”.

—Ah... —replicó Juan Palomo, andando ya tranquilizado—. Eso lo han hecho para asustar, ¿no?

—¡Quía! El verdugo espera.

—Pero se cansará, si se ha de coger aún a los bandidos, que no se sabe dónde se esconden,

—Hay tres verdugos, y como soldados centinelas, se turnan por tandas de cuatro horas. Pero éste, tiene hoy trabajo asegurado.

—¿Han atrapado ya algún pirata? —Mejor aun. Ya lo verás.

Y abrióse paso Juan Palomo imitando a su asesor porque tras la primera fila de soldados formada en cuadro alrededor del alto estrado había ya muchos madrugadores...

Dos horas después, había cesado de llover, pero el cielo aparecía

cubierto, gris y amenazador.

La plaza estaba rebosante de gentío, y los forzudos alabarderos trabajo tenían para formar una avenida por donde había de pasar la carreta que conduciría a los condenados a pena capital.

En las balconadas, se apiñaba la gente palaciega de segunda importancia.

Los principales, habían tenido acceso al estrado, y ocupaban sillones dando frente al cadalso. En uno de tollos, colocado en lugar preferente, sentábase don Ramiro Luances de la Gándara, excelentísimo gobernador de la ciudad.

Hombre apuesto y de exquisitos modales, tomaba de vez en cuando un polvo de rapé. A su izquierda, sentábase Fadrique Menéndez, el secretario.

Muchas miradas convergían en él curiosamente… El secretario, por su cargo, estaba obligado a presenciar la ejecución de un ser que le había sido muy querido.

A la derecha del gobernador, sentábase un hombrecillo enteco, de ropas no muy limpias y gruesas antiparras, y que era secretamente envidiado por ocupar sitio tan importante.

Pero Alfredo Huarte, el gacetillero, estaba en aquellos momentos muy lejos de su sillón, porque estaba pensando en las dos páginas que le faltaba rellenar del primer número de “La Voz del Hurón”, que iba a aparecer cantando verdades

Reinó de pronto una tensión expectante. Los tamborileros acababan de dar unos redobles, y cerca, aumentando progresivamente en diapasón, se oían fúnebres notas de clarines.

Por la abertura que dejaban los alabarderos pugnando con sus largas armas y sus espaldas por contener a la gente, iba desfilando, precedida por varios jinetes, una carreta.

En ella y sobre el lecho de paja, los dos ayudantes del verdugo, vestidos al igual que él, sostenían en pie, por las cuerdas que unían sus manos, a loa dos sentenciados.

Uno de ellos era obeso, de rostro macilento y abotargado. Veíase que a no ser por la férrea mano del ayudante, hubiera caído postrado. Sus rodillas temblaban…

Era la viva imagen del miedo más abyecto.

El otro sentenciado era una mujer, de lozana hermosura, aunque llevaba sólo el vestido gris de las condenadas por alta traición, que

era sayal cubierto de cenizas, sabía dar a su porte un aire de ficticia arrogancia.

Era la última soberbia de Cresilda López, la adinerada novia de Fadrique Menéndez el secretario del gobernador.

Por orgullo, y última coquetería, dijo altaneramente, mirando con desdén a su compañero de suplicio:

—No tiembles, barón de Tróvela. Sólo se muere una vez.

Desde su sitial, Ramiro Luances tomando por testigo a Alfredo Huarte, que por su lividez parecía el condenado a muerte, comentó en frívolo tono:

—La hermosa Cresilda tiene mejor aspecto que el gordo Froilán. y no se me achaque a que faldero sea yo, sino que me refiero a la manera de despedirse del mundanal ruido.

A Alfredo Huarte todo se le antojaba crueldad. Crueldad la de la masa morbosamente apiñada; crueldad el comentario de Su Excelencia, y crueldad el empujón con que los ayudantes desde la carreta que había ya llegado al borde del estrado, acompañaron hasta el centro del cadalso los dos sentenciados.

Hízose un silencio completo, al levantarse el gobernador.

Junto a él, Fadrique Menéndez, blanco como un sudario, devoraba con febril mirada a la que vestida de harapos, desnuda la pierna y espalda, alzaba desafiante rostro…

Ramiro Luances de la Gándara, con voz sonora y bien timbrada que llegó a todos los ámbitos de la silenciosa plaza, discurseó:

—Erigido está permanentemente este patíbulo, que Nos por mandato del Virrey, hemos mandado edificar esta noche. La conjuración tenebrosa, que compró las traiciones de Cresilda López y Froilán Duque, fracasará, porque contamos con la ayuda de hombres de bien, y de hombres de heroicidad probada hartamente, tales como el conde Ferblanc, quien pronto exterminará la misteriosa escuadra escondida en “Aguas Revueltas”. Una nación extranjera que hoy no puedo nombrar, recluta mercenarios, y ha comprado a esos dos indignos seres. Que sepa el mundo entero, que los españoles no se les vence con oro ni con barcos, sino con hidalguía y bue nos razonamientos. Convictos de alta traición, vais a morir, Cresilda López y Froilán Duque. Erais meros instrumentos y no sabíais el sitio dónde ancla la escuadra pirata que pretende asolar el litoral de la Costa Dorada. Otros caerán que harán

revelaciones, que las conjuras que han de valerse de traidores, a traición también perecen. Prolongo mi parlamento porque no sois dignos de última compasión. Yo hice de ti un amigo, barón de Trévora. Fui atento contigo, Cresilda López porque te creí femenina, y dispuesta a hacer feliz a un hombre, amigo mío que con valentía asiste a tu ejecución. Todos cuantos me oyen, creyeron que erais frívolos, pero sin maldad. Os desprecio, porque formabais parte de la conjura que quiere llevar la muerte y la desolación a miles de hogares. Es tan despreciable vuestro crimen frustrado, que yo declaro solemnemente que si mi propio hijo pactara con nuestros enemigos, yo mismo empuñaría el hacha substituyendo al verdugo. Que por un español que no ama a su patria, siempre hay mil dispuestos al último sacrificio.

La recia entonación del gobernador, había impresionado a la muchedumbre; Y, el propio Froilán Duque irguióse, como fustigado...

—Afectas arrogancia, Cresilda López, y no la puedo admirar. Yo, en nombre de España, te desprecio, porque lo que como español perdono es el reconocimiento de las culpas, y no la insolente arrogancia inútil. Por categoría te corresponde el ser la segunda persona en arrodillarte ante el verdugo...

Tembló ella visiblemente, lanzando a hurtadillas, mirada al yunque fatal, donde esperaba el verdugo.

Froilán Duque, barón de Trévora, resopló para gritar:

—¡Suplico me dejéis hablar, Excelencia!

—Derecho tuyo es-admitió el gobernador —. Habla y acaba pronto con tus maldiciones.

—Públicamente confieso estar arrepentido de mi villanía, y puesto que mi hora ha llegado..., dejadme la última galantería. ¡Abreviad con mi cómplice! Que hasta ahora tuvo arrogancia de castellana, y no debe perderla al ver rodar mi cabeza.

Inclinóse asintiendo el gobernador, ante aquella especial galantería, que el vulgo interpretó como demora por parte del barón.

Cresilda López, desmelenada, lanzó imprecaciones horrendas, que al gesto del gobernador fueron enmudecidas por el redoble fatídico de los tambores.

El verdugo dijo la fórmula al cesar los redobles:

—Ejecuto justicia.

—Justicia sea hecha-replicó, descubriéndose, el gobernador.

El hacha brilló unos instantes, mientras un ayudante sujetaba arrodillada a la espumarapeante mujer…

Oyóse un golpe seco, y maese Huarte se tambaleó como si el hacha, en vez de decapitar a la ambiciosa criminal, hubiera chocado contra su propia nuca.

Todos sintieron un escalofrío y muchas de las que habían corrido para ocupar primeros lugares, aspiraron ávidamente del frasco de sales que a previsión llevaban; otras, se desmayaron.

Juan Palomo, el tonto, hizo para sí, la reflexión de que algunas se habían desmayado, pero todos los hombres habían cerrado los ojos al caer el hacha y rodar la femenina cabeza, mientras que todas las mujeres mantenían bien abiertos los suyos, contemplando la ejecución con estremecimiento de distinta índole.

Froilán Duque, barón de Trévora, saludó rígidamente de busto hacia los sillones en cuyo centro estaba el gobernador:

—He perdido, Excelencia. Quiero evitar la última cobardía de no saber morir. Pido a todos perdón y mi último deseo es que pronto el conde Ferblanc extermine a cuantos en Aguas Revueltas se preparan para cometer crímenes sinfín. ¡Verdugo, a tu labor!

Y sin ser empujado, dirigióse él mismo hacia el yunque, donde arrodillado apoyó la cabeza.

—Ejecuto justicia-dijo la voz sombría del verdugo; sombría por la tela que cubría su boca.

—Justicia sea hecha.

Rodó con opaco sonido la cabeza…

Y la muchedumbre quedóse inmóvil, porque sabía que iba de nuevo a hablar el amado prohombre que gobernaba los destinos de la ciudad.

—Justicia ha sido hecha. Otros seguirán y permanentemente quedará alzado el patíbulo, hasta la hora feliz en que, al igual que hizo en el Caribe el conde Ferblanc pacifique la Costa Dorada. Y mientras, nosotros aquí, confiemos en la Providencia, aunque prestando toda nuestra ayuda. Recordad, súbditos del Rey de las Españas, que también este patíbulo espera a aquellos que den refugio, alimento o armas a cualquier desconocido. Dura es la ley, pero dictada está en el bien de todos. Que cada uno de vosotros se

dirija ya sus hogares, talleres o cuarteles.

La masa empezó a moverse. Las balconadas fueron vaciándose. En la carreta traqueteaban al compás de las ruedas, los dos cuerpos sin cabeza, idénticos ahora por el sayal ensangrentado.

El verdugo habla ya clavado en las aceradas picas las dos cabezas...

Los alabarderos iban empujando a los remisos en irse. Por fin, quedó libre el empedrado.

Como era reglamento de protocolo, el propio gobernador debía ser el último en abandonar el lugar de ejecución.

Saludaba incesantemente, y cuando entró en su carroza y estuvieron sentados ante él, su secretario y el gacetillero, Ramiro Luances de la Gándara estrechó en silencio la diestra del joven Fadrique Menéndez.

La carroza se puso en movimiento y maese Huarte, protector de animales, defensor de virtudes y acerbo crítico de malas costumbres, miró la silueta del verdugo, hierática e impresionante.

—El verdugo espera-comentó el gobernador —. ¿Quién será su próxima diversión?

Hizo una pausa y perspicaz, sonrió:

—Me miráis con reproche, maese Huarte.

—Perdonad, excelencia. Pero las crueldades póstumas son ensañamientos a los que no me acostumbro. Yo presencié la ejecución, porque era mi deber. Pero esta plebe ansiosa de ver correr sangre y esta nobleza acudiendo como a fiesta a ver trabajar al verdugo, sublevan mis sentimientos.

—Tened presente que quien suba al patíbulo no se detuvo en considerar la cantidad de víctimas inocentes cuyo holocausto preparó por crueldad maligna, ambición o afán de saciar apetitos infrahumanos. La presencia de pueblo y nobleza, demuestra que esto es símbolo de escarmiento. Los corderos esperan la degollina, pero el derecho les queda de ver caer a sus matarifes, uno tras otro. No duermen tranquilos mis corderos, desde que corren los rumores de que el fantasmal "Corsario Blanco" atacará de un día a otro, quién sabe dónde. Perdonad, pues, que ellos como corderos y yo, como pastor, hayamos presenciado, sin denuestos ni insultos, la caída de las dos primeras cabezas de la enorme hidra que se esconde en Aguas Revueltas y cuya misteriosa cabeza principal es el

“Corsario Blanco”.

Convencido por la elocuente argumentación, maese Huarte replicó:

—Cuanto acabáis do decir lo transmitiré a los que leerán la “Voz del Hurón”.

Para distraer la tristeza de pensamientos que adivinaba en el rostro de su secretario, dijo el gobernador:

—Bien os calificaron de hurón. Nadie como vos, maese Huarte, para olfatear pistas. A vos se debe la detención de Cresilda y su cómplice. No penséis más en ella, Fadrique. Llorar por mala mujer, no trae consuelo ¡y qué diantres! vos sois todo un hombre.

Con voz débil, el secretario pidió permiso para apearse y accedió Ramiro Luances.

Reanudó la carroza su marcha.

—¿Vos también opináis que la mujer es pérfida, maese Huarte?

—Mi madre no lo era-replicó, sencillamente el hombrecillo.

—Buena lección me dais. Por todas las madres dignas de este nombre redimido queda el nombre de Eva. Sin duda alguna, los hijos convierten a las mujeres en axiomáticamente buenas...

Asomó el gobernador la cabeza por la ventanilla:

—¡Detén, cochero!

Chirriaron.las ruedas al impulso de las riendas, frenando a los caballos.

Y Ramiro Luances gritó:

—¡Ven acá, Juan Palomo, que no te he de comer pese a tu apellido! Toma esa moneda... Un momento...

Sólo veía maese Huarte la mano sucia del tonto.

—Dime antes qué opinas tú de las mujeres.

—Excelencia, yo soy idiota.

—También yo-rió campechano la máxima autoridad —. Porque, como todo hombre que cree ser listo, siempre estoy preocupándome si ellas son buenas, regulares o peores. Confiaba en ti para aclararme ese punto, Juan Palomo.

—Yo, excelencia, os quiero servir. A mi parecer de idiota, creo que las mujeres son como el vino.

—¡Ah, vaya! ¿Buenas, cuanto más viejas son? No me sirve, amigo mío porque yo hablo de la mujer cuando apetece.

—Como el vino es, excelencia. Y para el paladar de quien la

consume. Hay paladar que lo pide agrio y es el vinatero quien, cuidando de la cepa, hace el vino tal como merece o apetece beberlo.

—¡Diantres con el bellaco! —aprobó Ramiro Luances—. Tuya es la moneda y arranca, postillón.

En marcha la carroza, comentó alegremente el gobernador:

—Si este Palomo es el tonto del pueblo, o cuna de listos es Santa Fe o cría fama y échate a dormir.

El desparpajo del madrileño, paisano suyo, no acabó de gustar a maese Huarte. Le parecía algo desplazada aquella trivialidad, estando no muy lejos la silueta del verdugo con el hacha ensangrentada y las dos cabezas en picota.

—Ríen, maese, vamos a ponernos serios, que llegado el momento soy más serio que un alguacil desahuciado. ¿Habéis averiguado algo nuevo? Sé que, al igual que hacíais en Puerto Colombia, tenéis nube de informadores, que reclutáis sabiamente entre criadas de finos oídos, beatas de cháchara fluyente y demás chismosos voluntarios.

—Procuro seleccionar, excelencia. Por ahora sólo he averiguado que se habla mucho del “Corsario Blanco” y hasta hay quien cita el “Corsario Gris”.

—Muchos corsarios y colorines, ¿no os parece?

—La tierra de piratas para todo da, excelencia. Hay rumor que no sé cómo nació, diciendo que el principal ayudante en “Aguas Revueltas” del jefe que es el “Corsario Blanco”, es el “Gris.”.

—¿Por qué esa afición de esa gentuza por el color?

—Generalmente debido a como visten, para diferenciarse.

—¡Diantres! Olvidaba que nuestro Rolando fue antaño el Pirata Negro. Deben, pues, esos corsarios querer imitar al Pirata Negro, sólo que a la inversa, ¿no?

—Así parece, pero como os digo, yo quiera ser ecuánime y no ataco más que a ciencia cierta, como por ejemplo en el caso del velero maldito “Islam” y su infernal capitán Cheij Khan “El Chacal”.

—Esta es cabeza y que vos habéis pedido maese, en proclama inflamada que aplaudo y que han leído ya todos los que leer saben. ¿Os dejo ante vuestro alojamiento?

—Sois excesivamente amable, excelencia. Os pido venia para apearme aquí mismo, junto al mercado.

—Os he dicho ya que no debéis andar solo, sino con escolta. Saben ya los que tienen pesadillas, que vos vais a ponerlos en la picota escrita. Os acecharán palos, y si bien vengaré yo vuestras costillas, maltrechas quedarán, si no os ocurre algo peor.

—Cobarde soy, excelencia, pero no quiero escolta. Se hace proteger quien no se sabe defendido por la fuerza de su justa causa.

—Magnífico. Veremos si la tal fuerza os coloca de nuevo las costillas en sitio. Hasta más ver, maese Huarte.

—Vuestro servidor, excelencia.

Por el mercado, sólo oíanse comentarios más o menos ajustados a la realidad do la doble ejecución.

Lo único coincidente era que las criadas uníanse para declarar que mientras el verdugo esperase, ellas no irían a la plaza del Adelantado.

E iba ya maese Huarte a retirarse, cuando en su hombro sintió una mano apoyarse.

Volvióse alarmado, pero se tranquilizó al ver el semblante redondo y pacífico del que le decía con bonachona entonación:

—Si no me engaño, sois vos el señor que escribe en papel impreso, y se llama maese Huarte.

—Yo mismo, hijo-replicó protector el gacetillero, aunque su interlocutor medía el doble que él en altura y peso.

—Quisiera deciros algo privadísimo.

—Habla, hijo.

—Aquí todo son oídos. Y es muy grave lo que quiero deciros.

—Entonces vente a mi guarida, que a pocos pasos queda.

Y ya en la casa-cuartel donde estaba alojado el gacetillero, por concesión especial, penetró éste en su leonera, donde en un rincón un gato viejo y sarnoso bufó erizado el lomo al ver entrar al acompañante del que le alimentaba.

El gato saltó por la ventana, rabo tieso…

Sobre la mesa, una tortuga masticaba una hoja de lechuga.

—Estamos solos, y nadie nos oye, hijo. Primero dime quién eres, para saber a qué atenerme.

—Soy Manrique Leal.

—Bello nombre, hijo. ¿En qué trabajas?

El corpulento sujeto, desvió la vista.

Maese Huarte insistió, amablemente:

—No hay oficio vergonzoso, que trabajar es noble, hijo mío. ¿Eres limpiador?

—Peor, señor.

—Bueno, hijo. ¿Acaso... cortas bolsas?

—Peor, señor.

—¡Carape! —y meditó un instante maese Huarte para buscar el más repugnante oficio, a su modo de ver

—¿No serás matarife?

—Casi, señor. Sólo que no mato reses. Soy... el verdugo.

Maese Huarte tragó saliva varias veces, mientras el verdugo añadía, cohibido:

—Pagan bien... y hay poco trabajo...

—En fin-atajó presuroso maese Huarte —. De todo tiene que haber en esta tierra. Si no hubiera asesinos no habría verdugos. ¿Y para qué... quieres verme?

—Un escrúpulo do conciencia. Quise callarme, pero había oído hablar de vos, de vuestra habilidad en desenmascarar...

—Me falló contigo, porque tu rostro no indica... bueno, eso que haces. ¿Y qué es lo que querías callarte?

—El último tercio lo hice yo. Somos tres verdugos. Uno se queda en plaza y esta noche me tocó ser el tercero en velar, en la celda de los dos condenados. Yo era el que la llevaba a ella en la carreta.

—Ahorra detalles de los que no sirvan, Manrique Leal.

—Es para que comprendáis. Cuando la carreta llegó a la plaza, yo sólo podía oír a. la mujer. Y dijo que había estado pensando y con lucidez postrera, sospechaba que el "Corsario Gris", el ayudante del jefe de la escuadra pirata de Aguas Revueltas, podía sor uno de dos hombres determinados.

—¿Qué dos hombres?

—Eso es lo grave. Si habláis, os matarán. Y si decís que he sido yo el que informó, poco voy a durar.

—Para verdugo, tienes pocos reaños, muchachote. Estás obligado a hablar. ¿De qué dos hombres habló ella?

El verdugo bajó la voz, inclinándose hasta rozar con los labios la oreja del maloliente gacetillero, que despedía tufos de cordilla, sudores, café y tabaco, entre otros menos identificables.

—El gobernador en persona... y su secretario.

—¡Bah! Eso fue dardo venenoso de la condenada a muerte, que

pretendía insidiosamente vengarse.

—Así lo pensé. Pero por al acaso, a vos sólo lo diré.

—Bien hecho. No lo propales. Toma esa moneda y bébete un trago a mi salud. Y deseo que tengas prosperidad en tu oficio... Bueno, quiero decir que sigas tan sano.

Al quedarse solo maese Huarte, jugó unos instantes con la tortuga, pero el regreso del gato mirándole quietamente con sus verdes ojos malignos, pareció inspirar repentina decisión al hombrecillo:

—¡Malhaya mi imaginación! Ya me entran sospechas... ¿Por qué no puede ser el propio gobernador el "Corsario Gris"? Todas las noches da misteriosos paseos, que la gente pretende son aventurillas.



—¡Malhaya mi imaginación! Ya me entran sospechas...

Rascó pensativo la coraza de la tortuga y siempre fijos los ojos en el glauco mirar gatuno, añadió:

—El verdugo no lo parecía. Tampoco Fadrique Menéndez parece un conspirador tenebroso. Mi querido Alfredito, dos puntos —dijo, como si dictara a un escribano-te vas a jugar las costillas y comarcas lindantes, pero hay que seguir los pasos de esos dos

caballeros. Y como no soy más que uno, pondré a Nemesio, el ordenanza, tras las huellas de Fadrique, encargándome yo de Ramiro. Eso es. Le diré a Nemesio, que quiero averiguar cuál es la nueva novia de Fadrique. ¡Valiente lío con tantas Aguas Revueltas!

Estuvo aleccionando un instante a Nemesio:

—...o sea, que dormirás toda la tarde, y de noche, cuando todos los gatos son pardos, seguirás los pasos del señor secretario. Ten presente que si te ve seguirle te desloma.

—No me verá. Yo cazo una liebre poniéndole sal entre las dos orejas, maese.

—Alguna vez las liebres apuntan con escopeta al cazador. Tú no te arriesgues en balde.

Rió estúpidamente el soldado:

—Si la cita es con bella, sabré retirarme a tiempo. Descuidad, maese.

—Otra cosa. No pierdas la noche rondando faldas de marmota.

—¿Marmota?

—Vulgo, fámula o criada doméstica. Es acto de servicio y la deserción sería a mi pesar comunicada a nuestro coronel.

—¡A la orden! —exclamó, asustado, el ordenanza.

Y quedó seguro maese Huarte que alguien seguiría los pasos del joven secretario perfumado y de anguloso rostro, mientras él espiara al gobernador.

Capítulo II

Hacia "Aguas Revueltas"...

La carroza, escoltada por cuatro jinetes armados hasta los dientes —y no es metáfora, porque uno de ellos mordía un plomo por costumbre de asesino a sueldo—, bordeaba el litoral del puerto de Buenaventura, cuyos “acotados” había dejado, atrás.

En el interior, Wilhelmina Delft, daba frente a Cheij Khan y Diego Lucientes.

—Era mi enemigo-dijo, de pronto, Cheij Khan.

—Mi mejor amigo, al cual dejé para venir contigo-replicó Diego Lucientes, ceño fruncido.

—Era mi enemigo y, no obstante, siento algo parecido a vergüenza, al haber permitido que quedara preso. Porque era un valiente y... no debió quedar allí, atado de pies y manos.

—Elegiste servir en “Aguas Revueltas”, muchacho. Ahora tanto tú come yo debemos apechugar. Tampoco me gustó dejar como dejamos al conde Ferblanc.

—El conde Ferblanc es un pirata renegado —comentó, suavemente, la holandesa.

Diego Lucientes.dirigió una mirada sarcástica a la que acababa de hablar.

—Hazme caso, sirena fatal del demonio. Yo siempre soy galante, pero en determinadas ocasiones, cuando hablan los caballeros, las mujeres se callan.

—¡Si tú eres caballero, señora soy yo! —clamó ella indignada, porque sentía antipatía por el pelirrojo y no quería la humillara ante el hombre al cual amaba.

—¿De qué me serviría darte coba? Estás enamorada del muchacho, que maldito el caso que te hace y no puedo guardar

consideración, a la que no vaciló en mezclar adormidera en mi vino.

—Todo hombre bien nacido respeta a la mujer, sea cual sea la condición de ella.

—Mira, hermana, vamos a dejarnos de cuentos, de la gran chirigota, ¿no?

—Ten la lengua, truhán.

—Es lo que libre me queda. No estoy acostumbrado a que me traten con malos modales. Primero me dais soñera, después amanezco atado y sin bolsa, para acabar en esta carroza, sin armas ni bolsa y escoltado por cuatro fétidos arsenales.

—Toda prudencia es poca, porque vamos a "Aguas Revueltas".

—Aunque fuéramos a Vinos Remansos, no sería razón para que me limpiaras la bolsa y me dejaras sin armas.

—Tenéis que hablar con el "Corsario Blanco", ante quien nadie lleva armas, si no lo acepta él.

—Muy mandones estáis todos. ¿A qué obedecen todas estas medidas de foso veneciano?

—El "Corsario Blanco" os ha de hacer preguntas. Le he informado de quién sois.

Alzó la mirada Cheij Khan, y sus ojos interrogaron.

Ella, con tono sumiso, aclaró:

—Dije que cierto era que tú mandabas en velero pirata. Y que tu cabeza estaba pregonada, por reto a muerte a Ferblanc y por enarbolar en el Caribe pabellón pirata de alianza con "Mefisto" y "Ojos de Plata", los famosos.

—"Pringaron" esos dos-dijo Lucientes.

—¿Murieron? —inquirió ella, extrañada.

—Para señora entiendes tú el chabacano lenguaje de los de mar y taberna.

—¿Quién los mató?

—¿Quién va a ser? El conde Ferblanc.

—Siempre él-murmuró Wilhelmina —. Por suerte, diez hombres elegidos quedaron allá custodiándole, además de Gregor. 0— De mí, ¿qué le dijiste al "Corsario Blanco"?

—Que eras un desvergonzado tramposo y que parecías tener influencia sobre el capitán Cheij.

—No me ofendas —¿replicó, dignamente, Lucientes.

—No niegues.

—Porque gané tres noches seguidas, ya piensas en trampas. Siempre dije que las mujeres sois maliciosas en demasía.

—Por lo cual acertamos.

—Yo, un pobre manco y un mísero cuello roto, hecho un guiñapo humano, ¿cómo repámpanos iba a poder girar la vista a los lados y mover los dedos a tiempo?

—Eres hábil, pero te estudié. Y tú obligaste a Cheij a que compartiera el fruto de tus trampas.

—No me obligó-intervino, reposadamente, el hijo del Pirata Negro —. Yo necesitaba dinero y él lució su arte.

Calló ella. La mujer que en muchos había vengado cruelmente su primer desengaño de amor, había hecho entrega total de su alma endurecida, al joven pirata.

Diego Lucientes sonrió:

—Es soberbio tener un par de ojos como los tuyos, muchacho. Estoy seguro que le dices a Lucero que ahora vamos en chalupa y que es noche plena, y ella queda convencida. Estrados de tu guapeza. Hazme raso, buen mozo. ¡Duro y a ella, que es una mona!

—Recuerda que es una mujer-reprochó Cheij Khan.

—Que nos dio narcótico, nos limpió de fondos y nos sirve de carcelera. Yo soy galante... pero no tanto. Aunque me dan trampa, me desvalijan, me custodian y encima debería recitar madrigales a esta sirena de manga estrecha.

Optó ella por reír con irónica entonación:

—El rencor habla por tu boca, Lucientes, pero es rencor de presumido galán. La primera noche me cortejaste con apremio de sincera admiración.

—Soy ecuánime y confieso que estás “jamón”.

—Tu vulgaridad es deplorable-dijo ella, sin alterarse —. Si así pretendes ganarte mi simpatía, mal camino sigues.

—Yo lo que quiero ganar son mis armas, mis onzas y el libre uso de mis pies. Que nunca me resigné a Ser custodiado, porque desde chaval anduve solo.

—Libre quedarás cuando lo disponga el “Corsario Blanco”. Cheij aceptó enrolarse con su nave bajo la orden de quien manda en “Aguas Revueltas” y una gran empresa como la nuestra, no puede estar al albur de un caprichoso truhán de rojo cabello.

—Me revientan las mujeres cuando son inteligentes y se lo saben.

—Tú puedes ser sospechoso, porque eras amigo del conde Ferblanc. Quizá eso no le guste al “Corsario Blanco”.

Intervino de nuevo Cheij Khan.

—Si mi amigo es mi lugarteniente, quien de él desconfíe, desconfía de mí, y quien le toque, conmigo se las «atenderá.

—¡“Pa” que “t’enteres"! —Silabeó, incisivamente, el madrileño, con zumba—. Y el chacal y yo, hombre contra hombre, necesitamos como manjar para abrir boca media docena de corsarios sean del color que sean, que yo como percebes y ostras sin distinción.

Frunció la nariz Wilhelmina Delft.

—Me tratado muchos seres de baja estofa, pero tú te llevas la palma con tus groserías.

—Eso de quien va a llevar la palma, lo veremos luego, pero a mí no me achica nadie, si no llevo narcótico en el buche. Y de tus manos, no beberé ya, aunque me ofrezcas vino Malvasía después de medio día de abstinencia. Bueno, ¿es que esas “Aguas Revueltas” están al volver la esquina «le la Patagonia?

—Primero tendréis que esperar ser recibidos por el “Corsario Blanco” y éste sólo es visible de noche.

—Durmamos por turno, pues, muchacho. Te cedo el primer ronquido, porque presumo que vamos a viajan el día entero.

—Quien por vez primera llega al lugar donde reside el “Corsario Blanco”, no sabe el camino aunque mire.

—Ya me di cuenta, que viejo lobo de mar soy. Primero íbamos rumbo Norte, después Oeste, ahora Sudeste y así daremos vueltas. Cuando reina la confianza da asco.

Cheij Khan cerró los ojos. Pensaba en la profunda impresión que le habían causado las palabras bruscas pero con un fondo de cordialidad del conde Ferblanc. El inexplicable misterio que le hacía sentirse atraído hacia el que había aprendido a odiar sin conocerle.

Wilhelmina Delft cerró, también los ojos.

Diego Lucientes miró por la ventanilla, pero un jinete le obstaculizaba la visión.

Arrellanóse desbando estar cómodo, y se recreó en detallar lentamente a la que fingía dormitar.

Y Wilhelmina Delft, al despertar del ensueño en que veíase

amada por Cheij Khan, pensó que no debía ser hosca con quien tenía sobre el joven pirata mucha influencia.

—Antes afirmaste que eras ecuánime, Lucientes.

—Lo aprendí cuando me di cuenta de lo bicha que somos los que andamos sobre dos pies. Y quien mucho pecó, sabe perdonar todos los pecados.

—¿Quieres sentarte a mi lado?

—Tate... ¿Qué nueva jugarreta me preparas?

—Cede el recelo, Lucientes. Quiero hablarte sin que nuestras voces despierten a Cheij.

—Enternecedora delicadeza en quien le dio narcótico y lo expuso a mal acabar.

Pero el madrileño levantóse para sentarse junto a la holandesa, cuya voz adquirió un suave matiz, al decir:

—¿Por qué me tienes rencor?

—Cuando me hacen ser idiota me duele en la honrilla, que es ese puntillo que nos queda a los poco decentes.

—Azares de la lucha, Lucientes. Yo cumplí órdenes. Guárdale rencor a la subordinada de Gregor, peto no a la mujer en particular.

—Córcholis, doncella. Me estás escamando. Al sonreír así y hablar con mimo, comprendo por qué te apodaron la “Sirena Fatal”, aquellos que en la tumba se guardan el secreto, compartiéndolo con los gusanos.

—¿Por qué crees que soy la legendaria “Sirena Fatal”?

—Pupila que tengo y primores que te veo. Y experto soy en adivinar garlito en tu casa, al servicio del Gregor, otro satélite del “Corsario Blanco”.

—Soy la así apodada y mi nombre no es Lucero, sino Wilhelmina Delft. Soy holandesa,

—¿A qué esas confidencias?

—A cambio de las tuyas.

—Vanidoso soy, pero no trago, holandesita almibarada. Tú amas a Cheij, y, por tanto, a mí no me quedan más que esperanzas... o segunda espera.

—Tú has vivido lo bastante para saber que aun el peor de los seres tiene momentos de hastío. Yo he matado con mis manos, he enviado a cientos de hombres a la muerte. Podría decirte que lo hice acatando órdenes do mi patria. Las tenía... paro también

vengaba la cruel burla del primer hombro que me destrozó el alma.

Juzgó Lucientes sincero el tono quedo de la aventurera.

—Ley de Cupido. Pagan justos por pecadores. Si el primer hombre que amaste pisoteó tu vergel de ilusiones, los que siguieron podían ser apasionados con honesta veracidad. Además, ¿a mí qué me va ni me viene con tus cuitas pasadas?

—Quizá tú amaste…

—Si tuviera pluma y tintero, echaría cuentas y creo que saldría a amor por mes.

—Hablo del verdadero amor.

Pensó Lucientes en Sonsoles, la de Ávila, su amor de adolescencia, aquel primer hálito de embriagadora ternura…

Y un leve frunce de amargura arrugó las comisuras de sus labios, al decir:

—Cierto que una vez amé. Y por eso me gusta el vino, que sólo engaña si tiene agua y no miente porque en litros da borrachera y a sorbitos alitas en los pensamientos. Unas hermosas alitas de color sonrosado. En algo hay que pasar el tiempo mientras me veo frente al tragaldabas llamado “Corsario Blanco”. Todos hemos tenido nuestro único y primer amor. Pocos han muerto viviéndolo…

—Creemos que nuestro corazón se mustia… y cuando menos lo esperamos, resucita.

—A fe que nunca creí, que íbamos a dar paseo para hablar de trapitos y triquiñuelas.

—No finjas burla que no sientes. No eres torpe bruto insensible. ¿No has añorado y deseado sentir nueva ilusión de amor?

—Quizá. ¿A dónde quieres ir a desembocar?

—Si en lo futuro hemos de ser aliados, quisiera contar contigo. Que supieras comprenderme, que soy sincera al decirte que, pese a un pasado, un presente y quizá un futuro pleno de espinas, desde hace tres noches, de nuevo he sentido renacer una muerta ilusión: la de poder querer.

Señaló Lucientes con breve gesto de su mentón que reposaba en el dogal del cuello, al que, cerrados loa ojos, no podía oír la conversación celebrada en voz muy baja.

—¿Él?

—Sí.

—Creo que es inútil, Lucero.

—¿Por qué?

—No fija su atención en mujer alguna, desde que murió la que era su primer amor.

—Tú mismo dijiste que todo ser humano ha tenido su primer amor, y que al perderlo cree que ya no hallará nuevo aliciente... y, sin embargo, tú y yo podemos demostrar que el tiempo pasa y llega un momento en que volvemos a sentir la imperiosa necesidad de querer, y este momento ha llegado para mí. Pese a que Cheij esté adormecido a todo impulso pasional, yo he de tratar de reavivar en él, el latente deseo de amar que anida en toda alma, por más endurecida o atormentada que esté.

—No creo que llevemos escolta y estemos dando rodeos, para dedicarnos a entablar discusiones sentimentales.

—Al hablarte así, confidencialmente, he querido tan sólo que tú quisieras comprenderme y no fueras obstáculo entre Cheij y yo.

—¿Qué clase de obstáculo puedo yo ser?

—Tienes influencia en él, y si tú hablaras en contra mía, redundaría en mi perjuicio.

—No hablaré en contra tuya ni a tu favor, Lucero. Te sobran armas de física belleza y madurez espiritual, para lograr lo que te propones. Y hasta casi celebraría que “El Chacal” olvidara su pena de amor en tus sapientes brazos. Olvidar es una gran merced.

—¿No debo, pues, considerarte enemigo?

—No. Creo que puedes quizá hallar redención o infierno en tu propósito de enamorar a “El Chacal”.

—¿Por qué infierno?

—Si él, como me temo, no te corresponde...

—Yo sería su esclava, me bastaría con que me sonriera amistosamente...

—Por el instante mal podrá sonreírte amistosamente, cuando los hechos te presentan como recelosa y desconfiada guardiana nuestra. ¿No te parece?

—Me limito a cumplir órdenes del “Corsario Blanco”.

—¿Quién es este pájaro?

—Nadie lo sabe. Ni yo misma.

En un mesón al Sur de la costa de Buenaventura, tomaron refrigerio y colación los viajeros y a la media tarde reemprendían la marcha.

Anochecía cuando la carroza se detuvo en lo alto de una pequeña loma, desde la que divisábase una rada, en la que, junto a un barquichuelo de pesca, anclaban pequeñas lanchas.

En la playa, varios hombres, clásica estampa de pescador, parecían prepararse para la nocturna salida en busca de la cosecha de plata con la que a lo largo de la costa muchos poblados ganábanse el sustento diario.

Algunos reparaban redes y otros afianzaban las mallas de las nasas.

Era un espectáculo normal, muchas veces visto, y Diego Lucientes no pudo dejar de exponer su opinión:

—Espero na habremos venido dando tantos rodeos para pescar ahora sardinas.

Cheij Khan, había manifestado que su intención era aliarse a la flota del “Corsario Blanco” y que si tal no hubiera sido su propósito, mal sirvieran para cumplir su misión aquellos cuatro hombres que les escoltaban.

Añadió que si el “Corsario Blanco” deseaba aclarar algunos puntos, también él deseaba aclarar por qué había sido, al igual que Lucientes, despojado de su bolsa.

Wilhelmina Delft comentó que el “Corsario Blanco” demostraba ser alguien avezado al difícil trato con aventureros de carácter levantisco y soberbio.

Diego Lucientes apuntó la esperanza de que el referido personaje misterioso tuviera la "mano izquierda y el suficiente paladar”, para saber distinguir entre “la morralla pirata y los excepcionales talentos combativos y organizadores que eran él y Cheij Khan”.

Por el instante, a los cuatro hombres que formaban escolta, uniéronse procedentes de la playa, varios pescadores que portaban aún entre las manos diversos instrumentos de su ficticio menester, ya que redes., nasas y cabos no eran más que buenas armas, con las que vigilaban alrededor del pequeño barco, ocupado en aquellos momentos por el “Corsario Blanco” y el “Corsario Gris”, que hacía escasamente media hora, habíanse reunido a bordo.

Y aquellos pescadores eran también rápidos mensajeros, auxiliares subalternos de la eficaz red tendida por el “Corsario Blanco”, al servicio del vasto plan holandés.

Los cuatro de la escolta quedaron en tierra mientras Lucero,

Diego Lucientes y Cheij Khan entraban en la lancha, conjuntamente, con cinco pescadores y tres, en los remos.

Instantes después subían a bordo del barco que sin ninguna luz aparte de la linterna de babor, parecía desierto.

—Aquí-dijo, brevemente, la holandesa.

Un pescador acababa de abrir la puerta de un camarote y ofrecióse a los ojos de Lucientes y. Cheij Khan el espectáculo impresionante que ya conocía Wilhelmina.

La extraña irradiación blanca de las paredes, de la cabina, producía la blanca luz única en todo el recinto.

Era una fosforescencia fantasmal... cuya luminosidad aumentó al irse dibujando lentamente la macabra figura qua apareció como si brotara del suelo.

Primero filó un blanco tricornio bajo el que una calavera hacía mueca horrenda de burla amenazadora y después la elegante casaca, las blancas calzas, medias y zapatos de baile.

Una figura de atildada distinción, cuyo rostro cubierto enteramente por el pañuelo que fingía calavera, irradiaba también aquella luz sobrenatural.

Y por la misma escalerilla ascendió un personaje vestido enteramente de gris, con el rostro también cubierto por pañuelo del mismo color, en el que sólo las cuencas de la fingida calavera, tenían estrecha rendija.

Pero esta segunda figura no sólo manteníase tras el "Corsario Blanco", en segundo plano, sino que quedaba apagada y sólo visible por la luz que emanaba del blanco enmascarado.

Quedó éste silencioso, contemplando por las rendijas del pañuelo a Cheij Khan y a Diego Lucientes, los cuales, adosados contra la puerta cerrada tras ellos, aguardaban.

La opaca voz velada por el blanco pañuelo, resonó desprovista de matices:

—Por Gregor Fedoropoulos he sabido de vuestra promesa de fidelidad al disponeros a formar parte de la flota que se organiza en "Aguas Revueltas". Pero han surgido ciertos contratiempos, que es conveniente aclarar. Necesitamos hombres y barcos y hace tiempo que todo ha ido preparándose y no puede quedar al albur de un falso paso.

El "Corsario Blanco", de manos enguantadas, hizo un gesto

señalando su propio rostro cubierto:

—Influye en espíritus supersticiosos esta insignia. Pero vosotros, por los informes que poseo, sois temples diferentes a los bastos y rudimentarios de vulgares marinos. Sabed tan sólo que quiere significar la muerte inexorable para el que con fines contra ríos a mi propósito pretenda ingresar en las Alas de la escuadra poderosa que se reúne en “Aguas Revueltas”. Corregidme vos si me equivoco, capitán Cheij Khan. Vos aceptasteis poner vuestro barco al servicio de mi escuadra, por compromiso que jurasteis ante Gregor Fedoropoulos. ¿Yerro?

—No.

—¿Por qué os comprometisteis para empresa que suponía exterminio y desolación?

—Hablé con Gregor Fedoropoulos en instantes en que más agudizado estaba en mí el sentimiento de rencor y odio que profeso contra la humanidad. El griego supo convencerme de que si, además de producir víctimas que como yo maldijeran del día que nacieron, podía obtener poder, más daño causaría.

—Es, pues, ambición también la que os impulsa.

—Sí.

—¿Podéis explicar por qué se os descubrió en la casa de juego de Lucero, jugando en complicidad con tahúr hábil?

—Necesitaba dinero.

—¿Para qué?

—Aprovechando mi ausencia de a bordo, los piratas joasmes se amotinaron, partiendo con el velero, y yo necesitaba oro para reclutar cincuenta espadachines con los que volver a recuperar el mando de mi velero y con él cumplir aquello a lo cual me comprometí.

—Queda clara vuestra actitud, capitán Cheij Khan. Sabed que vuestros amotinados, inconscientemente, han colaborado en mis planes al asolar el poblado de Queytal con una dureza que ha producido un ejemplar pánico en la Costa Dorada.

Comprendió ahora Cheij Khan, al igual que Diego Lucientes, el motivo de las recriminaciones del Pirata Negro.

—Yo os facilitaré esos cincuenta hombres, capitán Cheij Khan. Bien montados y armados. Vos seréis fiel al compromiso, y confío en que vuestro velero “Islam” recalará en “Aguas Revueltas”. Ahora,

vos, señor Lucientes, tendréis la bondad de responder a mis interrogaciones. Me anticipo a deciros que, si adopto actitudes de mando, es porque soy la única autoridad en "Aguas Revueltas". De los informes que poseo de vos, se desprende que tenéis mordaz el temple.

—Muerdo si me muerden.

—Vos aparecisteis junto al capitán Cheij Khan, después de que éste adquiriera su compromiso ¿Podéis decirme cuál fue la última persona que visteis antes de partir de Santa Fe de Bogotá?

—El conde Ferblanc.

—Éste es el jurado enemigo de nuestra flota, contra la cual prepara escuadra. ¿Lo sabíais?

—Nadie lo ignora.

—Es, pues, natural que me inspiréis sospechas.

—Naturalísimo. Yo soy el único amigo del conde Ferblanc. Pero, al decidirme por ser consejero y lugarteniente de 'El Chacal", renuncié por completo a jugar doble juego. Estoy con el capitán Cheij Khan, y donde vaya, iré. Si él sirve en las filas del "Corsario Blanco", igual serviré. Y si él ahora señales diera de querer descubrir vuestro rostro, le dejaría para yo entendérmelas con el que está a vuestras espaldas. Pero no somos suicidas, sino jugadores de la buena carta, como hemos demostrado en el antro de Lucero. Y nos conviene ser gente de brega en empresa que promete abundante aventura y suficiente recompensa.

—Sois convincente, señor Lucientes. Pero tened cuidado. Yo tengo muchos hilos en mi tela, y cuando piséis suelo playero de "Aguas Revueltas" sabréis quizá que soy inexorable en el castigo de los que fíen en exceso en su propia inteligencia si ésta la ponen al servicio de planes contrarios a los míos.

—Tengo ya ansias de saber dónde está esa famosa bahía de "Aguas Revueltas".

—¿Por qué?

—Harto estoy de oír hablar de ese lugar. Y debe ser, al igual que esta luz, ingenioso el secreto, porque mi antiguo amigo el conde Ferblanc no ha sabido dar con el paradero.

—Vuestro antiguo amigo está preso, como sabéis, y su próximo fin supone una gran victoria para nuestra causa. Meditarán cuantos, piensen vencer a la escuadra de "Aguas Revueltas" que, si fracasó el

conde Ferblanc, nadie podrá triunfar. Por eso su cabeza será expuesta en Buenaventura.

—No vendáis la piel del oso antes de matarlo. Lleváis albas vestiduras, pero no debéis imitar a Perrina, la lecherita, que vio como se quebraba su cántara mientras hacía cábalas. —Y Diego Lucientes, aunque indolentemente recostado, demostraba por el enrojecimiento de la cicatriz que surcaba su frente que no estaba dispuesto a aceptar como posible la muerte del Pirata Negro.

—No os reprocho que seáis fiel a vuestro antiguo capitán, señor Lucientes. Sedle fiel en cuanto a hombre, pero no en cuanto a sus propósitos. ¿Y por qué creéis que podrá escapar de ésta el conde Ferblanc?

—No sé si vos sois marino.

—Lo soy.

—Entonces sabréis que existe para ciertos hombres excepcionalmente dotados un talismán, llamémosle buena estrella, que les hace salir victoriosos de los peores trances. Y hasta, hoy el conde Ferblanc no ha caído.

—Pronto os convenceréis de que esta vez está irremediablemente perdido. Es mortal.

—Morirá, qué duda cabe, pero no prosaicamente, atraído por una sirena, sino a su bordo, y hundiendo a muchos antes de entrar en la tumba que le pertenece: el mar.

El “Corsario Gris”, que no había pronunciado una. sola palabra hasta entonces, inclinóse al oído del “Corsario Blanco”:

—Preguntad a este caballero si consiente en reconocer que sus demostraciones en favor del conde Ferblanc son imprudentes.

—Vos sois el imprudente-interrumpió Lucientes, riendo —. Dejémonos de tragedias griegas, señores. Queréis conservar el anónimo, y no os lo recrimino, pero aceptadme una lección. Soy gato por nacimiento, que así llaman a los de Madrid, pero, además, soy gato viejo, y presumo de tunante observador.



...prefiero servir a mala causa que mal terminará.

—Cualidad que os ha permitido vivir largo tiempo-dijo el "Corsario Blanco".

—Y lo que te rondaré, morena, decimos allá por mi tierra. Vos, señor Blanco, habéis, hablado como espíritu culto, que sabe

reconocer con quién trata. Si vuestros informes son incompletos, añadiré yo por mi cuenta algunos que ignoráis. Es tal mi inconsciencia de alocado, que prefiero servir a mala causa, que mal terminará, que alistarme en las filas del conde Ferblanc, porque con éste se enfriaron mis relaciones desde que puso pabellón de ayudante de verdugo. Por nada juro, pero algo puedo jurar: si el conde Ferblanc averigua que he caído preso, dejará que el verdugo me ajusticié, si bien no asistirá a mi última pataleta. Con ello quiero deciros que él sabe que, ya que decidí seguir al capitán Cheij, nada deben sospechar de mí los bandoleros de “Aguas Revueltas” y sus jefes, porque cuando me meto a bandolero doy cien y raya al mejor.

—Dais como cierta la continuidad del conde Ferblanc, en su breve jefatura de la “Implacable”.

—Todo es posible, pero me defraudaría que, sin combate, perdiera el hidalgo Lezama.

—No tardará mucho en ser juzgado en “Aguas Revueltas”. Y mientras allá lo lleven, decidme, señor Lucientes: ¿por qué tildasteis de imprudente al “Corsario Gris”?

—Si no de imprudente, al menos de poco observador de —sus propios gestos. Barruntos tenía, por rumores oídos, de que el “Corsario Gris”, era, al parecer, un gran personaje de Bogotá. Pero nunca creí que fuera de tan elevado rango, y grande debe ser la recompensa que le habéis ofrecido a vuestra sombra, “Corsario Blanco”, cuando, siendo grande por lealtad a España, ha preferido ser un gran traidor.

El “Corsario Gris” tendió la enguantada diestra hacia Diego Lucientes:

—¿Cuál es el propio gesto que, según vos, me ha delatado a vuestra expertísima observación?

Fingió Lucientes aplicar en sus fosas nasales un inexistente polvo, aspirando, y encubriendo un sordo estornudo con el dorso de la misma mano.

—Rape, señor gobernador. Y vuestra cajita es demasiado llamativa para que no la recordara, al igual como vuestros precisos gestos de enviciado de este ridículo polvillo. Pero no os inquietéis. Yo no soy traidor. No soy más que un simple tahúr. Mi sinceridad es la prueba de que soy fiel a mis pactos. Por lo tanto, nada tenéis que temer de mi larga lengua, don Ramiro Luances de la Gándara.

El “Corsario Gris” inclinó el talle en breve reverencia:

—Gracias por la lección, caballero Lucientes. En lo sucesivo, mi caja de rapé permanecerá oculta cuando sea el “Corsario Gris”.

Unos golpes resonaron desde los tramos inferiores de la escalerilla abierta en el centro del camarote.

Descendió el “Corsario Gris”, y, al subir de nuevo, exclamó, con voz que, si bien resonó opaca, demostraba agitación:

—¡El conde Ferblanc ha huido!

Capítulo III

Un hilo del ovillo…

Gregor Fedoropoulos había sido elegido por el “Corsario Blanco” como agente número uno, debido a la aguda inteligencia del griego, cuyo rostro vulgar nada revelaba.

Gregor Fedoropoulos había atravesado momentos críticos, pero ahora es estimaba su situación altamente peligrosa.

No le amedrentaba el tártaro de cruel rostro que, junto al escabel donde se hallaba prisionero, esgrimía ancho machete.

Lo que le hacía comprender que escasas eran sus probabilidades de salvación eran las últimas frases que acababa de pronunciar el conde Ferblanc, informado por Tartar de que “E1 Chacal” era su propio hijo.

—¿Oíste bien, Gregor? —repitió, con alegría salvaje, el Pirata Negro—. Nunca me paré en barras, y por un quítame allá esas pajas he rebanado la nuez del más pintado. Ahora te ofrezco la fortuna, si me dices dónde está “Aguas Revueltas”. Y no como conde Ferblanc, sino como hombre que acude allá con un doble incentivo: estrujar en abrazo de dichosa plenitud al mozo que canta porvenir glorioso en mi alma, y evitar cometa más ruindades. Dime, pues, sin tardanza, el lugar dónde están esas tan machacadas “Aguas Revueltas”.

—Mi sino es ya la muerte, conde Ferblanc-replicó el griego, estoicamente —. Si os revelo el secreto, me matarán los agentes del “Corsario Blanco”. Si me callo, este hombre de raza exótica me dará tormento y muerte.

—Habla, y quedarás libre. Vete de las Américas y en tu tierra natal serás rey de Cresos.

—No hablaré.

—Terquedad imbécil para hombre de tu reputada inteligencia.

—No es terquedad. Es inercia de jugador que perdió, conde Ferblanc. Más que agente pagado, era yo jugador de ajedrez, empeñado en partida grandiosa. He perdido. Renuncio a seguir. Puede vuestro verdugo empezar. No arrancará de mis labios más que quejidos y mentiras.

Colocó el Pirata. Negro su puño derecho ante el rostro del griego, que, si bien temblaba, hablaba con decisión.

—De habitual soy propenso a salvajismos, Gregor Fedoropoulos. Ten en cuenta que ahora soy hombre que, tras llorar en su alma la muerte de un hijo, quiere ir a su encuentro, y tú posees el hilo del ovillo que me ha de conducir junto al chacal.

—Por vuestra voz adivino que estáis dispuesto a todo, pero también veréis en mí la decisión de no hablar.

—Serías de admirar si tiempo y ganas tuviera de ello, griego del demonio. Pero tu partida de ajedrez supone mover piezas sangrientas, donde los peones son seres inocentes, destinados a caer bajo el sable de la morralla de “Aguas Revueltas”. Puesto a ingeniar, no hay quien me gane a verdugo, Gregor Fedoropoulos.

—Probad.

Tartar acercó la punta de su machete, rozando con ella el cuello del griego.

—Sangrar, señor conde, debilita al remiso en hablar-dijo estólidamente, como si comentara algo banal.

—¡Mata! —dijo secamente el conde Ferblanc.

El tártaro, en recio tajo de revés, cercenó el cuello de Gregor Fedoropoulos, cuya cabeza, en salto fúnebre, fue a rebotar en el suelo.

—Este hombre no debía hablar. Nadie más que tú debe saber que “El Chacal” es mi hijo. Y conozco los estoicos, Tartar. Este griego no hubiera hablado.

—Lo mismo pensé, señor conde. Y mi machete esperó la orden que sabía ibas a dar.

—Otro hilo cogeré, Tartar. Ahora, debes partir al lugar donde te ordenó mi hijo estuvieras. Un día u otro allá iré, si antes yo mismo no voy donde está: yo no podría ir contigo y esperar. Me mataría la impaciencia. Vete, Tartar, que yo aquí, a solas, más probabilidades tengo de seguir los pasos de mi hijo, que no quiero sean

irreparables.

—El señor Lucientes por él vela.

—Confío, pero... el señor Lucientes no bastará. Pronto nos veremos de nuevo, Tartar, y por tu fidelidad y afecto a mi hijo sitio de honor tendrás en mi hogar.

Tartar inició el saludo arábigo, que truncó el Pirata Negro renovando el abrazo con que había agradecido la emocionante revelación del significado del tatuaje del antebrazo de Cheij Khan y de las pesadillas de éste.

Recorrió el Pirata Negro la casa, de juego, encontrando uno tras otro a los hombres estrangulados por Tartar. Y uno tras otro arrastró a los cadáveres, formando con ellos pila adosada a espaldas del decapitado cuerpo sentado en el escabel.

Había ya formado un arriesgado plan. Quitóse sus ropas para substituirlas por las de uno de los estrangulados, el cual, además de peluca azafranada que cubría su calva, poseía como adorno capilar una corta perilla y un bigote del mismo color.

Con su daga cortó el Pirata Negro cuidadosamente hebras de la peluca copiosa, las cuales, poco después, quedaban adheridas con melaza hallada en una alacena, a su propio bigote, cejas y barbilla. Luego tuvo que reducir aún más la peluca, para que bajo ella sus propios cabellos no abultaran en exceso.

Y revistió con sus ropas al cadáver, que ocultó en lo alto de un armario, cubriéndolo con vieja manta.

Regresó al cuarto de los escabeles y tendióse encima de la pila de estrangulados...

Lo que esperaba no tardó en producirse.

Dos hombres espada en mano y pistola en zurda, irrumpieron en la sala a las siete de la mañana.

Uno de ellos dobló las rodillas, al borde del desmayo, al divisar el cuerpo decapitado de Gregor Fedoropoulos.

El otro, más entero, gritó:

—¡Presto! A la rada...

El primero, recuperándose, murmuró:

—El “Corsario Blanco” se enfurecerá.

—En nada somos culpables. Estos estrangulados debieron ser los que evitaran cuanto aquí haya sucedido... Seguramente eran los ayudantes de Lucero, y torpes fueron pero lo han pagado...

—¡Mira, Pedro! —exclamó el otro.

El llamado Pedro dirigióse a la pila de estrangulados, encima de los cuales uno acababa de moverse.

—Vive... —dijo, incitándose—. Trae agua para echarle...

Pero el Pirata Negro, simulando recuperarse, corrió el riesgo de que su simulada voz demostrara a los dos que no era el verdadero dueño del bigote y perilla azafranados.

—¿Qué... ha pasado? —gruñó, perfectamente identificado con el papel de quien va lentamente despertando.

—Buen cuello tienes, malandrín —comentó, desdeñosamente, el llamado Pedro—. No preguntes lo que ha panado, ya que tú vas a ser quien lo explique al "Corsario Blanco".

Acabó el Pirata Negro de incorporarse sobre el montón macabro, y de pronto fingió darse cuenta de dónde se hallaba, para saltar al suelo.

—¡Presto! —gritó—. ¡Hay que advertir que el conde Ferblanc ha escapado!

—A eso vamos a ir. ¿Quién eres tú y cómo te llamas?

—Soy Antonio Ledesma y agente era a las órdenes de Gregor. Nos cogieron de sorpresa y...

—Bien. Andando-dijo Pedro, imperativamente.

—¿Dónde? —inquirió Lezama, frotándose el cuello.

—A la rada. Tú comunicarás al "Corsario Blanco" lo que aquí dentro ha ocurrido.

—Yo... —y el Pirata Negro vaciló— preferiría decírtelo a ti, Pedro.

Rió desagradablemente el aludido:

—Yo no soy el indicado, Ledesma. No perdamos más el tiempo. Vámonos hacia la rada.

Ya en el umbral de la casa, el llamado Pedro tocó en el hombro a su compañero:

—Tú irás a avisar a los otros, para que vengan aquí y prendan fuego a la casa. Esas son las órdenes que tenemos. No dejar huellas, y si el conde Ferblanc ha huido, pronto vendrán aquí soldados con corchetes, dispuestos a preparar trabajo para el verdugo que espera.

Marchóse el otro a todo correr, y señaló Pedro uno de los dos caballos, mientras él montaba en el otro:

—Si no supiste defenderte, sabrás al menos montar.

—Sí-dijo el Pirata Negro, humildemente.

—Galopa delante de mí por la carretera Norte. Ya te indicaré el camino que hay que seguir.

A la media hora, gritó Pedro:

—Alto. Estoy cansado.

Y, apeándose, ató el caballo a un tronco.

—Descansemos.

—Paso fatigas-dijo el Pirata Negro —. Tengo prisa por comunicar ya la mala nueva. Y que sea lo que sea.

—El “Corsario Blanco” sólo recibe de noche, y sólo al anochecer puede uno presentarse en la rada.

—¿Está lejos?

—Ya lo verás.

La sonrisa del llamado Pedro nada tenía de agradable. Se adosó a la corteza del árbol.

Y Carlos Lezama tuvo de pronto la fugaz, pero certera impresión de que si mataba al que le estaba observando no sabría, dónde estaba la rada, y, por tanto, perdería el hilo del ovillo que había de conducirle a reunirse con su hijo.

No le cabía la menor duda de que algo estaba intrigando al hombre alto, encorvado y de hondas cicatrices de amargura a ambos, lados de la boca.

—¿No nos hemos visto antes de ahora, Ledesma?

—Es posible. Yo estaba con Lucero y...

—¡Mientes! —atajó Pedro, cuyas manos reposaban significativamente a ambos lados de su cinto, apoyándose en las culatas del arsenal que llevaba, compuesto de dos pistolas, daga, corto puñal y espada.

—¿Por qué he de mentir?

—Tú y yo nunca nos hemos visto.

—Bueno-admitió dócilmente el Pirata Negro, adaptándose lo más posible a ser un Antonio Ledesma vulgar.

—Y si no desabrochas tu cinto y lo dejas caer, pero con cuidado de no intentar sacarme arma, te descerrajaré un tiro.

Las dos pistolas aparecieron en las manos de Pedro con rapidez, que revelaba maestría, pero no lo bastante para el que no era un vulgar Antonio Ledesma.

El doble puntapié del Pirata Negro produjo dos efectos: un

disparo instintivo que se perdió en el aire, verticalmente, y un quejido agudo del llamado Pedro, cuyas dos manos quedaron magulladas, y privadas de todo movimiento y fuerza, resbalando de ellas las dos pistolas. Estas siguieron opuestos caminos: una subió hacia lo alto, para caer cinco pasos atrás del árbol, mientras la otra proyectábase en sentido opuesto.

Los dos caballos se encabritaros por el disparo, y el Pirata Negro, sacando su pistola, dijo, torvamente:

—Tú a mí no me amenazas, Pedro. Yo he de rendir cuentas al “Corsario Blanco”, pero a ti no, ¿sabes?

Tardó Pedro en hablar, porque, además de estar paralizado de estupor por el doble e inesperado puntapié contundente, sentía atroces pinchazos en las manos, que iban hinchándosele...

—Responderás de tu agresión, Antonio Ledesma.

—Tú me quisiste desarmar.

—Porque... pensaba que, a medida que pasaran las horas y se acercase el momento de presentarte ante el “Corsario Blanco”, pudieras pensar en huir. Por eso quise asegurarme de que no lo pretenderías, al verte sin armas.

—Hacer méritos, ¿eh? No, hombre, no. Yo voy por mi propio pie a confesar mi torpeza, pero no a modo de prisionero. Y ¿sabes lo que te digo? Tienes tú muchas ínfulas...

Pero había algo en los simiescos ojos de Pedro, algo huidizo, que acababa de convencer al Pirata Negro.

Era como.si aquella mirada quisiera esconder algo que temiera revelaran sus propios ojos.

—No compliques el ovillo, Pedro.

—¿Qué ovillo?

—Me desteté tratando de reconocer a los hombres por sus expresiones. Y eres tú de los que desconciertas. No eres claro. Tu juego no me gusta. Y me gusta andar siempre sobre seguro, ¿sabes? Has mentido al decir que pretendías desarmarme porque suponías que iba a huir. Poco eres para mí, Pedro. Y quizá, te evitaras un mortal desengaño siendo sincera conmigo.

—Ves visiones, Ledesma.

—Tú los vas a ver, y pronto. Has elegido un buen lugar. Cumbre desde donde se divisa los caminos. Estamos solos, y me hueles a cadaverina... Ese olor que desprenden los fiambres en principio de

putrefacción.

—No os vais a fiar de mí-dijo Pedro, temerosamente.

—¡Tate!... Me has cogido respeto de pronto.

—Miedo-dijo Pedro, soplando alternativamente en sus manos entumecidas de un azulado lívido.

—El ovillo del que te hablo es complicado, Pedro. No me lo embarulles más, por favor, o te deslomo.

Enfundó el Pirata Negro su pistola, y el hombre sentado, de manos inutilizadas por el recio puntapié doble, levantó los hombros en gesto resignado.

—Lo que haya de ser, será. Antes quiero deciros lo que puede servir para salvarme la vida. Yo soy Pedro Domenica, hijo de corsos, y recibí estudios. Dionisíaco soy, porque nunca estoy satisfecho, y no sé dónde voy. Gregor Fedoropoulos confiaba en mí. porque trabajé para él con frutos óptimos. Él ha muerto, y sólo a él debíale fidelidad. —Hizo una pausa para respirar hondo, y añadió:— Vos habéis demostrado ser profundo conocedor de estados de tensión. Tengo miedo de que no me creáis.

—Oyéndote lo sabré, dionisíaco.

—Si no os puedo acompañar es porque me daréis muerte. Y si lo hago, es porque, me creeréis.

—Trata de ser apolíneo, que significa, aunque pocos estudios tenga, esa cualidad de sinceridad que a veces tienen los condenados a muerte. Y tú lo eres, si mientes. Hazte cargo que yo soy el verdugo, y el verdugo espera.

—Vos debéis ser muy decidido cuando os ibais a meter en la propia boca del lobo. Si di orden de alto, fue porque por el camino descubrí que en vuestro cuello no había los amoratados círculos de los demás estrangulados. Sois, por tanto, uno de los que asaltaron la casa de juego, y os expusisteis para averiguar cuál era el lugar dónde el “Corsario Blanco” se esconde.

—Vas bien.

—Podéis creer que si yo voluntariamente os acompaño, será para salvarme de la amenaza de muerte que pende de vuestra pistola. No es así. Ha muerto Gregor Fedoropoulos, y tengo ya poca fe en el éxito de la escuadra de “Aguas Revueltas”. Quiero ser de los que militan en la escuadra mandada por el conde Ferblanc.

—En la rada puedes volver a sentirte dionisíaco, y caerían sobre

mí nube de perillanes.

—Hombre cómo vos matará muriendo. Yo no quiero morir. Y hablando yo, no correréis el riesgo que sufriría un Antonio Ledesma. El “Corsario Blanco” me conoce.

—Hay una prueba infalible de si estás dispuesto a servir como yo al conde Ferblanc. ¿Dónde está “Aguas Revueltas”?

—Ni el propio Gregor lo sabía, a mi entender, ya que nunca me lo dijo. Si queréis averiguarlo, sólo hay dos caminos: quedaros en la rada, o ir solo allá, cuando sepáis dónde está; os puedo hablar así porque defiendo mi vida.

—Vas a venir conmigo, Pedro Domenica. Juntos iremos a averiguar dónde está “Aguas Revueltas”, o juntos pasaremos a otras aguas desconocidas también donde hierven los bellacos.

—Dadme confianza, y no os defraudaré.

Al anochecer, Pedro Domenica detuvo su caballo.

—Esta es la rada, señor. Y ved aquella mujer entre dos hombres. Es Lucero.

El Pirata Negro sonrió emocionado, porque la esbelta figura de su hijo entrando en lancha pesquera suscitaba en él inefable alegría.

—Haz la contraseña necesaria, Domenica. También yo quiero ir a ver al “Corsario Blanco”.

Ya era noche cerrada cuando varios pescadores surgieron junto al dionisíaco, que había silbado por intervalos, en ulular parecido al búho.

—Mensaje urgente llevo, amigo José. Llévame pronto a bordo con mi compañero.

* * *

El “Corsario Blanco”, al oír la exclamación del “Corsario Gris”, crispó las enguantadas manos.

—¡Maldición! —gritó—. Gregor pagará cara esa torpeza.

Diego Lucientes no exteriorizó su íntima satisfacción. Y Cheij Khan meditó nuevamente en la extraña influencia que sobre él ejercía el recuerdo del conde Ferblanc, cuando ahora el saber que estaba libre movíale a sentirse obscuramente complacido...

—Lucero-dijo el “Corsario Blanco” —y acompaña a estos dos caballeros a la playa, y ya sabes dónde encontrar los cincuenta hombres que ellos necesitan. Si el conde Ferblanc huyó de manos de Gregor, ya la casa de juego es inútil. Debemos empezar el ataque

por mar, antes de que el conde Ferblanc destruya uno a uno nuestros reductos. Vete con ellos hasta regresar con el "Islam", que anclará en "Aguas Revueltas", cuyo plano tú tienes. Sabrás elegir los cincuenta sin barco. Señores, nos veremos en "Aguas Revueltas".

Abandonaron los dos, acompañados por Wilhelmina Delft, el camarote irradiante. Y por indicación del que a la puerta estaba, para regresar a la lancha que los había traído, siguieron camino distinto al llevado por el Pirata Negro y Domenica, que estaban al otro lado de la estructura donde se erigían los camarotes.

De nuevo, pero por muy escaso tiempo volvían a separarse el Pirata Negro y su hijo.

Y el "Corsario Blanco" recibía poco después a Pedro Domenica y al que lucía llamativos adornos capilares de color azafranado.

El "Corsario Gris" tendía afanosamente el busto, mientras a la señal imperativa del personaje que emanaba luz, Pedro Domenica hablaba, lentamente, con elaborada selección de palabras:

—Gomo todas las madrugadas, pasé a entrevistarme con Gregor Fedoropoulos, acompañado de Antonio Ledesma, aquí presente. Hallé a Gregor encadenado en escabel, decapitado. Y los otros diez guardianes estaban muertos, estrangulados al parecer… Pero uno de ellos aun alentaba, y vivió lo suficiente para narrar que una veintena de soldados irrumpieron, con lazos estranguladores. Salvóse de muerte inmediata el que me ha informado, debido a que el lazo no le quebró la nuez del cuello; sólo le privó de aire, porque llevaba cadena y medalla ceñidas alrededor de su garganta…, que no dejaron que la trenza del lazo segara. Vio liberar al conde Ferblanc, el cual, convencido de que era inútil interrogar a Gregor Fedoropoulos, dio orden de que lo decapitaran… Acababa de decirme eso el agonizante, cuando ya sus exhaustos pulmones cedieron a la asfixia y murió. Saliendo de la casa, transmití las órdenes pertinentes para que ardiera.

—Los "acotados" de Gregor y la casa de juego eran nuestras dos sedes de enrolamiento-manifestó sordamente el "Corsario Blanco" —. Muerto Gregor, cesa ya la laboriosa tarea que él llevaba. Bastan las fuerzas que en "Aguas Revueltas" tenemos. Que queden aquí solamente los enlaces… Todos los demás, que se trasladen a "Aguas Revueltas". Hacedme la merced de comunicarlo así, señor.

El "Corsario Blanco" hablaba con su homónimo "Gris". Éste

desapareció por la escalerilla.

Pedro Domenica entornó los párpados, para evitar que se percibiera la inquieta mirada que de soslayo dirigíale a hurtadillas hacia su acompañante.

Pero el Pirata Negro no pensaba en atacar al “Corsario Blanco”. Le Interesaba llegar a “Aguas Revueltas", donde, por fin, veríase frente a su hijo.

El “Corsario Blanco” estuvo unos instantes en silencio, hasta que por fin habló:

—Tú eras el hombre de más confianza de Gregor, Pedro Domenica. Él me habló mucho de ti.

—Con él trabajé mucho y bien, señor.

—Sí.

El instinto del Pirata Negro advirtióle algo amenazador en el ambiente. Había obedecido la consigna, que obligaba no sólo a desarmarse para aparecer ante el “Corsario Blanco”, sino a ser registrado minuciosamente en busca de toda posible arma oculta.

—Gregor Fedoropoulos era inteligentísimo, y su estudio favorito era el hombre. Fiaba en ti, Pedro Domenica.

—Nunca tuvo queja de mi labor.

—Los muertos no hablan ni traicionan, Domenica.

Y pareció un rayo repentino el destello cegador que, partiendo de la diestra del “Corsario Blanco”, Convirtióse en vulgar puñal-estilete que fue a hundirse con certera puntería en la garganta del dionisíaco.

Quedóse el corso unos instantes en pie, tambaleándose, mientras sus amoratadas manos pugnaban en vano por arrancarse el puñal que le daba muerte...

Y sonó como sentencia la voz del “Corsario Blanco”:

—Me dijo Gregor que, si él moría, debías tú morir, Domenica, porque tu atormentado carácter podía ser bueno o malo para la causa que yo, acaudillo.

Cayó pesada y lentamente el cuerpo sin vida de Pedro Domenica, mientras el enmascarado añadía:

—Nadie puede traicionar la causa cuyo jefe soy. Habla, Antonio Ledesma. ¿Eras muy amigo del difunto Domenica?

—Yo no tengo amigos, señor.

—Eres fuerte. Tus músculos hinchan la chillona tela que cubre

tus forzudos miembros. En “Aguas Revueltas” te pondrás a las órdenes del capitán Álvarez. Necesita gente de poco seso y mucho músculo. Su tripulación es corta. Vete y reúnete con los que a “Aguas Revueltas” se dirijan.

“Antonio Ledesma” saludó servilmente, abandonando el camarote, y poco después remaba en lancha que con otra decena de remeros seguía el rumbo que cantaba el que, sentado a proa, conocía el lugar donde anclaba la flota de “Aguas Revueltas”.

Capítulo IV

La ley del más fuerte

En la playa, los mismos cuatro de escolta formaron a retaguardia de los tres jinetes que partieron al galope, alejándose de la rada bajo el fulgor de las estrellas.

Diego Lucientes canturreaba alegremente, porque no sólo, sentía euforia por la reciente certeza de que el Pirata Negro estaba libre, sino que el emprender nueva ruta colmaba sus afanes aventureros de sempiterno inquieto.

Cheij Khan, ante él, galopaba junto a Lucero, que, sentada de lado en femenina postura, demostraba ser diestra amazona.

Y cuando la holandesa frenó su caballo, halláronse ante una barrancada de altos peñascos coronados por espesa arboleda.

Sólo ella sabía que, tras el barranco, abríase la misteriosa ensenada de "Aguas Revueltas".

Centinelas eran del paraje los que con precauciones se aproximaron. Vestían ropas de pastores criollos, y sus perros y cayados prestábanles más realidad de inofensivos gañanes.

Uno de ellos reconoció a la llamada Lucero.

—Orden apremiante-dijo ella, sin desmontar —. Cuarenta y seis del grupo de tierra, escogidos entre los mejores, deberán estar aquí antes de la medianoche, con los pertrechos, para larga misión por tierra. Aquí acampamos.

Desmontó ella al irse los presuntos pastores. Y uno de los de la escolta tendió en la hierba mullida manta.

Ella sentóse, haciéndolo Cheij Khan cerca, mientras Lucientes lo hacía frente a los dos.

—Hermosa noche y sobramos cinco —dijo el madrileño—. Sobran esos cuatro dogos y yo. Porque el cielo está estrellado, el

frío es soportable, y éstas son las noches que mi preceptor en románticas lides me recomendaba para hacer el amor. La ocasión sería propicia, chacal, si a solas estuviera con Lucero.

—No comparto tu reprobable vaciedad, Diego Lucientes-repuso melancólicamente el hijo del Pirata Negro,

—Las estrellas son limpias, nítidas, y para quien ama favorecen el susurro confidente. No te burles de ella, que es mujer, ni de mí, que amé,

—Bien empleado me está lo que me pasa-quejóse Lucientes, zumbonamente —. Soy profundamente serio, pero exteriormente soy un imbécil que te parece, vacuo. Yo no me burlo de Lucero, porque adivino en ella un corazón herido, sediento de ternuras. Pero, qué diablos, si el pedernal eres tú, déjame ser chispa. Y no insisto más. Tengo sueño. Esta hierba no es peor lecho que muchos donde dormí. Y las ancas de mi penco prestado son tibias y serán buena almohada.

Los cuatro de la escolta estaban y alejados, aunque formaban a modo de cuadrángulo vigilante.

Cheij Khan, viendo que Lucientes volvía las espaldas para tenderse apoyando la cabeza en las ancas del caballo echado, comentó:

—No guardes rencor a quien, como mi amigo, parece insensible, siendo en realidad un alma grande.

Wilhelmina Delft, alentada por la obscuridad y por la melodiosa voz del que, para no ser oído más que por ella, había empleado un tono confidencial, musitó:

—Cuando vuelvas a capitanear el "Islam", ¿habrá para mí un rincón en tu velero? —

—Tu sitio no está a mi lado. Eres eficaz ayuda del "Corsario Blanco".

—Él dijo que iba a empezar la tarea de inspeccionar los buques anclados en "Aguas Revueltas". Puedo elegir bordo. Ahora compartiré la suerte de los del mar. Podría volver a mi sitio de origen, pero ya no podría vivir lejos de ti.

Sonrió tristemente Cheij Khan.

—Me colocas en situación enojosa, Lucero.

—Los que me tenían afecto en mi infancia me llamaban Mina. Hazlo, Cheij y no me humilla lo que voy a decirte. Sé que amaste, y

no alienta en tu corazón espacio para nuevo amor. Te suplico tan sólo que me dejes, permanecer junto a ti pendiente de tu menor deseo, oyendo tu voz, viéndote...

—Cesa de hablar, Mina. Oí cuanto hablaste con Lucientes en la carroza. Mi oído está ejercitado en percibir murmullos. Eres hermosa, y fuiste malherida por maldades que no mereciste. Eso nos liga, pero bajo el sortilegio de esta noche no quiero que llegues a conclusión errónea de mis palabras. Ahora sólo deseo reunirme con Tartar, y dar pronta caza al "Islam", donde volverá a imperar la ley del más fuerte.

* * *

Harbin-el-Neid, jefe y señor de los destinos del "Islam", mesábase complacido la larga y rala barba cuando tres días después del ataque al poblado de Queytal, otro amanecer rielaba livideces de rocío sobre la cubierta del velero que se alejaba de la costa.

Atrás quedaba otro poblado ardiendo y esta vez el botín había sido más copioso.

Y aprovechó la ocasión el viejo joasme para dirigir un parlamento n los demás piratas joasmes:

—Un millar de perros infieles acaba de morir desangrado bajo nuestros alfanjes. Las presas han sido valiosas, y el nombre del "Islam" se extiende por doquier como muestra de valor y poderío. Somos temidos, y las puertas del Paraíso están abiertas de par en par para recibirnos. Yo os llevo por la senda gloriosa que no supo marcar el imberbe joven que creíste superior a un sensato viejo. No tenemos una sola baja. Hago imperar la ley del más fuerte. Pero todos somos libres, por ser valientes joasmes. Si alguien está descontento con mi consejo de guía luminoso, dispuesto estoy a reflexionar, si sesudas son las razones.

Adelantóse un voluminoso joasme, que acababa de saltar de una jarcia, y bamboleóse en la cubierta del velero que navegaba a toda vela.

—Yo quiero humildemente hablar, viejo Harbin.

—Te escucho con gran complacencia, Bourka.

—Yo no temo a los infieles.

—No les tememos.

—No temo las tormentas.

—No las tememos-iba replicando el viejo joasme, en salmodia.

—Sé que Alá no enviará su rayo —destructor contra sus hijos fieles, que le reverencian.

—Reverenciado sea él y su profeta. Pero, ¿qué temes, Bourka, el mejor de nuestros luchadores joasmes?

—Al que me venció.

Rió con senil irritación Harbin-el-Neid.

—Tu temor es baladí, Bourka. Di, ¿quién teme a "El Chacal"? Quedó solo y ha sucumbido al destino fatal de los que, como él, tienen marcado el signo debilitante.

—¿Qué signo es, sensato Harbin?

—Su rostro atrae a las mujeres, esta creación que Alá hizo para que de ella el hombre sólo buscaba el placer. Pero Cheij Khan no es joasme, y sucumbirá, porque de la mujer quiere también oír la voz, y les permite hablar. Ha olvidado al "Islam". ¿Por qué temes a un chacal absorbido por mujeres que no son odaliscas, sino razonadoras que enloquecen con sus pérfidas palabras al marcado con el signo del hombre perdido por amores?

—"El Chacal" puede sucumbir como dices, Harbin. Pero si el amor que no es el de los sentidos no invade su espíritu, él no perdonará nuestra rebeldía.

—¿Y qué puede un chacal contra todos nosotras? Somos muchos, y vence siempre la ley del más fuerte. Oye el canto de las lonas, Bourka. Anuncia próxima victoria.

Dos noches después el "Islam" anclaba en estrecho paso, quedando a bordo los artilleros encargados de dar la alarma en caso de que apareciera barco "infiel".

Y, como fieras anhelantes de sangre, los joasmes fueron deslizándose entre las tinieblas hacia la aldea pesquera que dormitaba pacíficamente, formando los humildes hogares, puntos blancos que eran los que habían atraído la mirada cruel de Harbin-el-Neid.

Otro amanecer sangriento se aproximaba, que vería alejarse, al velero enarbolando el pabellón de la media luna en fondo azul.

* * *

Por el barranco, y en formación compacta de tres jinetes por línea, avanzó un escuadrón a cuyo frente iba un pastor.

Wilhelmina Delft, en pie, aguardó hasta que se destacó un jinete que vino a destocarse ante ella, sin desmontar.

—Cuarenta y seis conmigo, Lucero. La mejor clase de espadas y brazos.

—Orden cumplo al daros por cabecilla al apodado “Chacal”, que os dirá la misión.

Avanzó Cheij Khan para montar a caballo, después de ayudar a la holandesa.

El escuadrón al cual se unieron los cuatro de escolta formó compacto semicírculo.

Cheij Khan, sin petulancia, con natural espontaneidad de instintivo mando, alzóse sobre los estribos.

—Un velero por mí capitaneado navega hacia rumbo que sabré por ti eco de sus desembarcos. Su tripulación se compone de un centenar de árabes amotinados. Por el litoral debemos llegar hasta el punto en que, por efectuar desembarco, pase de nuevo a ser mía la nave que me fue rebelde por serlo el consejero de a bordo, quien sagazmente aprovechó una larga ausencia mía. Ellos repugnan el uso de armas de fuego, si no son los cañones de a bordo. Emplean alfanjes, que poco habrán de valer contra nuestras espadas. Pero, muertos todos, de nada servirían, Pido, pues, que cumpláis lo que deseo. Las redes de la bahía de donde vengo me han dado idea que llevaremos a cabo. Esta será nuestra arma. Después, navegaremos hacia “Aguas Revueltas”.

Al mediodía siguiente, el escuadrón, j disgregado momentáneamente, llevaba en sus mantas redes arrolladas.

Caminaban en grupos de cinco y seis jinetas, siguiendo la ruta meridional del litoral.

Wilhelmina Delft, Diego Lucientes, y Cheij Khan y dos aventureros, cabalgaban juntos a diario, y por la noche se reunían con todos los demás.

En la segunda etapa, pasó Cheij Khan por el lugar donde había ordenado que le esperase Tartar.

Le halló esperándole, reunidas en una sola mano las tres bridas de los respectivos caballos.

—Con agrado te saludo, Tartar —dijo Cheij Khan.

—Mi espíritu se complace en verte, capitán Cheij. Tu caballo relincha en alegre bienvenida.

Cambió Cheij Khan de montura para ensillar el blanco potro. Hizo lo mismo Lucientes, para acariciar el cuello de su caballo.

—Sigue la marcha-dijo lacónicamente Cheij Khan.

Rezagados quedaron Diego Lucientes y el tártaro, que continuó impasible cuando Lucientes le tendió un amasijo de burda lana.

—Un obsequio mío, Tartar. Cubre tu cráneo, y no llamarás la atención de los tantos curiosos que pululan ociosos.

—Gracias, señor.

Y el tártaro encasquetóse hasta las cejas el gorro marinero.

—Sólo, tú y yo lo sabemos, Tartar —dijo en voz baja Lucientes, refrenando más su caballo y obligando con ello al tártaro a que le imitase—. Y no me refiero al gorro-añadió —, ya que eso lo ve basta un ciego. Refresco tu memoria, Tartar. Quedaste en que si al amanecer no veníamos irías a la casa donde los imbéciles manejan trozos de duro papel pintado, junándose el oro. Tú fuiste allá, y no nos encontraste. Pero... había alguien allá. Alguien que se ha salvado. Sólo tú pudiste quitarle las argollas.

—Tuve esa oportunidad.

—¿Por qué diste libertad al que puede matar al chacal?

—Si libertad le di, es porque sé que no puede dar muerte al chacal, ya que hice trueque.

—¿Trueque?.. Quien yo menciono, poco aficionado es a cambalaches ni chalaneos.

—Tan evidente es la luz que nos alumbra y la existencia del sol, como la seguridad de que quien tú y yo sabemos no intentará nada que perjudicar pueda a Cheij.

—Tu seguridad me conforta, Tartar. Y ya no hay quien me quite del cacumen que tienes tú más talento que un conclave de patriarcas benévolos.

La caravana de jinetes siguió por el litoral, hasta que Cheij Khan llamó a Tartar.

—Tus ojos son penetrantes, Tartar. Pero a veces el azul es engañoso. Y puede ser gaviota la blancura que allá vuela a ras de mar. Toma.

Cogió el tártaro el catalejo, que enrocó hacia el punto señalado por Cheij Khan.

Lo devolvió después de unos instantes de observación.

—Es el “Islam”, capitán Cheij.

—Su proa habla.

—Se aproxima a tierra, donde llegará anochecido. Su proa se

agrandará, y lucirá linterna cuando ancle.

* * *

La matanza en la aldea no tuvo los resultados que presagiaba Harbin-el-Neid.

Divididos en grupos, se lanzaron con gritos escalofriantes, alfanje en alto, hacia las casas silenciosas, sedientos de sangre...

No supieron a qué atribuir el inesperado roce que paralizó no sólo sus cuerpos en estrecho abrazo, sino que les impidió todo movimiento defensivo.

Las grandes redes, al caer sobre los asaltantes, fueron apresando cosecha de estupefactos joasmes, en las casas anteriormente desocupadas por los que fingieron ser soldados. Se habían obedecido órdenes de Cheij Khan, que había sido aconsejado por Diego Lucientes; éste opinó que permitir la muerte de pescadores con sus familiares era acción impropia de hombres que de tales se preciaran.

Los joasmes fueron cayendo todos en la trampa de las redes, y en ellas, formando compactas masas, fueron brutalmente arrastrados por los que ahora, convertidos en jinetes, los llevaron hasta la playa. En la bahía, el "Islam" estaba ya en poder de los que, nadando entre dos aguas, habían desarmado, tras breve combate, a los artilleros.

Cheij Khan había dirigido la expedición de nadadores, y su eficaz acometida pasmó de asombro a sus propios seguidores.

Las lanchas fueron trayendo a bordo las redes repletas, que fueron izadas con las cabrías de carga.

La operación de vaciar las redes fue lenta y trabajosa, porque los joasmes pretendían usar sus alfanjes.

Pero amanecía cuando quedaron todos alineados en cubierta, amarrados codo a codo y tobillo a tobillo, formando cuatro hileras de veinticinco hombres.

Y todos no miraban a los "infieles", meros instrumentos, sino al esbelto joven que, teniendo a sus espaldas a un hombre de cabellos rojos, a una mujer de blanquísima tez y rubia cabellera, y al impasible Tartar, apoyaba sus dos manos encima del reborde del castillete de proa del "Islam".

Sólo un joasme estaba libre, y mesaba nerviosamente su larga y rala barba, mirando de ven en cuando a su alrededor como fiera

acorralada.

Pero Harbin-el-Neid sabía que no podía huir, no ya por la barrera humana de “infieles”, sino porque, fatalista, reconocía que “El Chacal” había vencido de nuevo.

—El sol calienta por última vez tus huesos, viejo insensato... —dijo Cheij Khan, afablemente, al irradiar el sol sus primeros rayos.

—Los tuyos calcinará, chacal.



—Cumple, Tartar—dijo Cheij Khan.

—No lo pongo en duda, Harbin. Tú inducíste a los valientes joasmes a amotinarse. Si pretendes huir, los que rodean las bordas te rechazarán con las puntas aceradas de sus espadas, y serás un triste fantoche.

—¡Yo soy Harbin-el-Neid, el valiente joasme!

—Lo eras. Yo no quiero darte muerte, porque tu viscosa sangre de traidor viejo me repugna. Eras viejo chocho amante de adivinanzas. Trata de adivinar la última. ¿Cuál crees que es la muerte que te reservo?

Dióse el joasme varios tirones a la barba.

—Tengo un alfanje.

—Es alfiler en tus manos traidoras. No puedes morir ahorcado como un hombre, Harbin. Serás colgado por la barba y los pies,

formando arco, el humillante arco de los que incitan a traición...

Con salvaje alarido Harbin-el-Neid lanzóse contra su propio alfanje, que había empuñado dando vuelta a la punta corva.

Atravesado el pecho, quedó inclinado contra la madera de cubierta, sostenido por el alfanje que asomaba por su espalda.

—Cumple, Tartar-dijo Cheij Khan.

Poco después colgaba en arco, de lo alto del mástil, el pirata joasme.

Tartar, alfanje en mano, quedó bajo el castillete.

—Fuisteis mal aconsejados... —dijo Cheij Khan, suavemente—. El viejo sensato os llevó a insensatez. Contestad a mis preguntas...

Hablaba en árabe, y los guturales sonidos de garganta impresionaban a los aventureros procedentes de “Aguas Revueltas”.

Pero más impresionaban a quienes entendían el significado de las palabras al parecer afables.,

—¿Quién es único capitán a bordo del “Islam”?

—¡Tú! —gritaron al unísono los prisioneros.

Fue un gutural alarido...

—¿Quién de hoy en adelante os tratará, merecidamente como a perros esclavos que deberé azotar al menor síntoma de pensamiento que no sea completamente sumiso?

—¡Tú!

—De esos cincuenta hombres elegiré a veinticinco, para que sean vuestros latigueros y vigilantes.

Hizo una pausa Cheij Khan, anhelosamente torturadora para sus amotinados.

—Atacasteis sin mi orden, joasmes traidores. Vais a ser castigados, y algunos esqueletos harán compañía al de Harbin-el-Neid, en la cala, como permanente recuerdo de vuestras obtusas. mentes.

Cruzó Cheij Khan los brazos. Miró a Tartar...

—La ley del más fuerte es la que impera. Cercena de cada siete cabezas, una. Empieza cuando te lo diga, Tartar. ¿Será por la diestra o por la zurda? No sé... Id pensando, joasmes y contad siete cabezas que os separan de la muerte. Puedo dar orden de empezar por el centro o señalando a uno de vosotros... Todos estáis, pues, en trance de ir al Paraíso... Y, no obstante, no os agrada la idea. Pensáis que, con todos sus inconvenientes, la vida no se abandona a gusto si el

cuerpo es fuerte, y mucho es el botín que el “Islam” recogerá. A cada uno de vosotros siete cabezas le separan de la muerte. Siete días tiene la semana, y en todos ellos pensaréis los que vivos quedéis, en la enseñanza siguiente: yo soy única voluntad y único pensamiento a bordo del “Islam”.

La mano de Cheij Khan, con voluntaria crueldad destinada a aterrorizar para siempre más a sus subordinados, fue girando horizontalmente, con lentitud, señalando la primera fila de prisioneros, muchos de los cuales temblaban...

—Empieza, Tartar. Elige como primera cabeza para tu cuenta de segador de siete espigas... la cabeza de Alí Hussein. ¡Empieza!

Elevóse cantinela lúgubre de cantos de elogio por la justicia del diezmo, dimanante de gargantas que habían contado se salvaban mientras los condenados aullaban o maldecían.

Empezaron a caer cabezas limpiamente cortadas por el seco golpe del alfanje de Tartar, que al cuarto golpe cambió de arma por haberse mellado la suya, y cogió de un cinto otro alfanje...

Retrocedió, estremeciéndose, Wilhelmina Delft...

Diego Lucientes miró a la holandesa.

—Cuantos menos queden, mejor para los demás humanos. No son más que fieras dañinas de otra raza.

El sangriento castigo cesó. Catorce cabezas había abatido el alfanje tres, veces renovado por Tartar.

—Este hombre es cruel, atrozmente cruel-dijo, en voz baja, Wilhelmina Delft.

Extrañado, replicó Lucientes:'

—Es un capitán aplicando la ley del mar.

—Me refiero al verdugo.

—¡Repámpanos!... Mujer eres al fin, que por apariencia te guías. Tartar es instrumento... Y si crueldad hubiera, en todo caso sería “El Chacal” el feroz verdugo. Pero así es el amor. Excusa la crueldad que ve en acto de justicia marinera, y no la ve o no quiere apreciarla en lo que se prepara en “Aguas. Revueltas”.

Cheij Khan habló en español:

—Necesito veinticinco hombres para ser contramaestres de mi tripulación. Pueden dármelos en “Aguas Revueltas”, a menos de que entre vosotros surjan voluntarios. Tres partes se harán del botín que obtenga el “Islam”. Una para los joasmes. Otra para mí. Otra para

los veinticinco contramaestres.

Alzaron la mano una treintena de aventureros.

Los joasmes, al ser desatados, fueron desfilando uno a uno ante el castillete de proa.

Se prosternaban, jurando sumisión eterna a “El Chacal”...

Poco después, arriado el pabellón, hacíase a mar abierta el “Islam”, y en la sala capitana Diego Lucientes comía con apetito, hacíalo con desgana Wilhelmina Delft, y Cheij Khan efectuaba su monótono y habitual yantar de dátiles, miel, carne cruda y agua.

Y era su gesto tan apacible, que la holandesa, endurecida por experiencias pasadas, halló nuevo atractivo mezclándose a su amor hacia el joven de soñadora mirada melancólica.

—Por fin veremos esas “Revuelta Aguas” misteriosas-dijo Lucientes, ni terminar de comer.

—Pasado mañana al amanecer replicó la holandesa.

Al día siguiente, Diego Lucientes sonrió irónicamente al hallarse a solas con Wilhelmina Delft.

—Hay brillo de dicha en tus ojazos, Lucero. Enhorabuena: no soy lince, pero tengo la vaga sospecha do que flota en tus labios el hálito del reciente beso de “El Chacal”.

—Es mío-musitó ella, cerrando Ion ojos.

Los abrió al oír la carcajada burlona de Lucientes,

—¿Tuyo, sirena? —¡Bah!... Ha sido simplemente un cúmulo de circunstancias favorables que ha ayudado a tu belleza. El corazón de “El Chacal” no te pertenecerá nunca, y sus caricias poco durarán.

Tartar, impávido como siempre, dio vuelta al timón, cuando Cheij Khan, seguido por la holandesa, dijo:

—Allá... Aquello es “Aguas Revueltas”.

No hizo el tártaro comentario alguno, a pesar de que lo que Cheij Khan señalaba no eran más que mugientes aguas estrellándose en hervor impotente contra barrera de arrecifes y escollos...

Capítulo V

“Aguas Revueltas”

El Pirata Negro remaba vigorosamente, deseoso ya de penetrar en el misterioso recinto.

Todo el litoral colombiano había sido explorado, y en ningún amparo hallóse huella de “Aguas Revueltas”.

Cuando el que dirigía la lancha fue cantando rumbo persistentemente sesgado al Oeste, y se llegó a menos de cien metros del litoral, Carlos Lezama contempló el blancor de hervir de aguas que anunciaban escollos y arrecifes cortantes, cuyas masas puntiagudas formando sierras dentadas, divisábanse bañadas por la espuma.

La resaca empujaba la lancha, pareciendo que iba a estrellarla contra la larga cadena infranqueable.

El timonel empezó a describir círculos con la linterna que empuñaba, agitándola por encima de su cabeza.

Pestañeó Lezama unos instantes, como si viera algo producto de imaginación.

Donde antes había escollos, abríase ahora un encalmado mar en una longitud de un cuarto de milla, en cuyo espacio los arrecifes iban hundiéndose lentamente.

Y el acantilado compacto abríase en su base, como si descorrieran una cortina...

La lancha penetró en el espacio abierto, y tuvo tiempo de ver el Pirata Negro que a sus espaldas brotaban de nuevo los arrecifes como empujados del fondo del mar por mano de ciclope.

Remaba ahora en ancho paso de agua mansa. La obscuridad reinaba hasta que, al virar, contorneando, estalló por contraste una repentina claridad deslumbrante.

Era una gruta amplísima, extensa, donde ocho naves ancladas reflejaban sus linternas en la quieta superficie del lago salado y subterráneo.

Alrededor del lago, naturales terraplenes elevábanse por donde transitaban hombres de todas cataduras.

Era como un puerto recoleto cuyo cielo fueran las estalactitas que pendían de la monumental bóveda.

—Cada uno a su lugar-mandó el timonel, después de haber ordenado la maniobra que acercó la lancha a un terraplén.

El Pirata Negro puso pie en tierra, para acercarse a uno de los que transitaban llevando a cuestas un saco de provisiones.

—Busco al capitán Álvarez compañero-saludó Lezama adaptando su paso al del portador del saco de tasajo.

—La goleta del pabellón rojo-replicó el otro, hoscamente.

Dirigióse Lezama hacia la goleta indicada, desde cuyo puente una pasarela comunicaba con tierra.

En la enfada, un pirata terció el sable.

—No eres de a bordo, tú.

—Enviado del “Corsario Blanco” —replicó Lezama.

Apartóse el pirata, casi con ademán de huida.

—Tengo que presentarme al capitán Alvarez, —dijo Lezama al verse frente a un contramaestre que le miraba interrogante.

—Duerme.

—Me envía el “Corsario Blanco”.

—Ven.

Siguió Lezama al contramaestre, que le dejó ante la puerta de la sala que ocupaba el centro de la goleta.

—Allá tú-dijo a modo de despedida el contramaestre.

Empujó Lezama la puerta, y. tras atravesar la sala capitana, tocó en la puerta de un camarote.

—Enviado del “Corsario Blanco” —anunció con voz fuerte.

Oyóse ajetreo tras la puerta, y, poco después, apareció anundándose el cinto, despeinado el cabello, un sujeto bajo y rechoncho. Sin emitir palabra dirigióse a la mesa, donde cogió un jarro qué se vació encima del rostro, bebiendo algo del vino derramado.

Su camisa sucia había sido blanca, y sus calzones azules brillaban a trechos por entre la mugre.

Desnudo el pie, asomaba el vello hirsuto de sus piernas.

Su rostro redondo y colorado causó en Lezama la impresión del hocico maligno de un jabalí, impresión acentuada al abrir la boca el mugriento sujeto en bostezo amplio.

—Yo soy el capitán Rodolfo Álvarez del Lis. ¿Quién eres tú, que has venido a despertarme?

—Antonio Ledesma.

—¿Qué más?

—Ledesma y Ledesma-dijo el Pirata Negro.

—¡Estúpido! Pregunto cuál es tu mensaje.

—Ninguno.

—Espero que no habrás invocado en vano el nombre del “Corsario Blanco”.

—Guárdeme bien yo de tamaño pecado, capitán. El “Corsario Blanco” me envía porque me ha elegido como hombre de los más capacitados para seros útil.

Rodolfo Álvarez del Lis sonóse ruidosamente.

—Si es así, siéntate. Si te envía nuestro jefe, es porque tiene confianza en ti. ¿Qué sabes hacer?

Y a la vez lanzó el capitán pirata el jarro contra la puerta entreabierta, gritando:

—¡Vino, por mil pares de goletas! ¡Ya mismo aquí!

—Yo sé todo lo que un marino de siete mares sabe, capitán Álvarez. Os lo juro.

—¡Vino! ¡Peste y lepra para ti, maldito! —siguió vociferando, al entrar un pirata trayendo dos jarros de gran capacidad.

Marchóse éste, no sin antes haber encajado en los fondillos un recio puntapié que le propinó el capitán, con agilidad asombrosa en personaje de su apariencia.

—Bebe, mostrenco-invitó Alvarez.

—A vuestra salud, mi capitán.

El vino era agrio, fuerte y mezclado con hierba picante. Carlos Lezama bebióse medio jarro, para después, aunque poco sinceramente, relamerse con ojos brillantes.

Rodolfo Álvarez del Lis depositó su jarro casi lleno.

—¿Qué más?

—Tengo largo historial, mi capitán, y no quisiera molestar a caballero de vuestra clase con la narración de mi vida, extensa y

jugosa.

—Has de saber, granuja, que cuando despierto ya no puedo coger sueño hasta pasada una buena hora. Yo soy así. No hablas demasiado torpemente, o sea, que entenderás lo que quiere decir brevedad. Pocas palabras y atinadas, maldición sobre ti y toda tu ascendencia y descendencia.

—A los treinta años se hundieron bajo mis plantas tres cubiertas de veleros de libre pabellón de calavera. Llevaba entonces yo cuenta de los que maté. Sumaban sesenta y seis. Hoy tengo cuarenta noviembres, y ya he perdido la cuenta de los que machaqué, mi capitán. Y tres naves más me mecieron. Tuve capitanes poco duchos, y cuando he sabido que iba a poder servir con todo un capitán digno de este sagrado título, me han temblado las carnes de gozo. Y gozando estoy de poder sentarme con vos y compartir vuestro vino.

Bebió con lentitud el halagado tan bastamente. Después escupió por el largo colmillo que le servía de incisivo izquierdo, y su corta diestra velluda se posó sobre el bíceps del Pirata Negro, que estaba bebiendo.

—¡Brea! —masculló el pirata—. Tienes hierro por carne.

—Soy fuerte-admitió Lezama, sonriendo como apabullado de gratitud.

—Cuando te vi me pareciste más bruto que un cerrojo sin aceite. Ahora me creo que saltes más picardías que la suegra del diablo, y que eres un bribón que le quitaría la bolsa al mismísimo Pillo de las Siete Suelas. Eso digo yo, y así soy yo. ¡Maldición para todos los hígados de mi bordo! ¿Dónde estás, hijo de la perra coja del diablo?

Ya en el umbral estaba el ordenanza con dos jarros, que colocó encima de la mesa, despareciendo ligero para esquivar los dos jarros vacíos arrojados por el capitán Álvarez,

—A tu salud, granuja-dijo el pirata —, Tengo tres Antonios a bordo, el uno Tonio, el otro Toncho y el tercero Tolete. Tú, pues, te vas a llamar... Veamos-y extrajo de un cajón de la mesa un sucio rollo de papeles cortados por el borde.

Recorrió la lista de rol con dedo de uña negra.

—Tancredo... Talismán... Tolete... Tenio... Toncho... No hay ningún condenado “Torreón”, y ése eres tú, maldito seas y te coman mil gusanos hambrientos. Eres demasiado alto para mi gusto, pero

habrás de saber, pedazo de tiburón, que el hombre no se mide por la talla, sino por el talento, y me sobra que así soy yo. Desde este momento eres uno más a bordo. Te ha enviado el “Corsario Blanco”, y te voy a dar mejor trato. Vas a ser mi guardián, y le romperás las muelas al que yo te indique. Si digo: “¡Dale, “Torreón”!”, rompes quijadas. Si digo: “¡Pega, “Torreón”!”. necesito un hombre con semana de camastro por huesos molidos. Si digo; “¡Atiza, “Torreón”!”, es hombre para entregar a la horca, con los sentidos abiertos n la muerte. Y si digo: “¡Arrolla, “Torreón”!”, necesito ver los sesos del indicado mal nacido bribón que me tosa. Repite, grandullón. Breve.

—Dar, es muelas: pegar, moler; atizar, es un agonizante de media hora, y arrollar, es salpicar sesos. Os he comprendido, mi capitán porque sois, talento preclaro.

Bebió el lisonjeado un amplio sorbo, y abrióse la camisa mostrando el velludo pecho macizo.

—No pareces adormilado, "Torreón”, grandísimo mastuerzo. Mi goleta se llama “Graciosa”, porque navega como una hembra andaluza. Yo soy extremeño. ¿Tú de dónde eres?

—De Panamá.

—Un cochino mestizo. Pues con ese pelo pudiste decir que eras gallego.

—No os engañaré nunca, mi capitán.

—Procúralo, que a mí nadie me engañó, y todavía está por nacer el perro que pretenda dárselas de listo conmigo. ¿Qué noticias sabrosas traes?

—Pronto vendrá el “Corsario Blanco”, y saldremos a mar abierto. Seguramente, mi capitán, no tardaremos ni tres días. Todo depende de una cosa.

—¿Cuál, mostrenco?

—Ha de venir un velero, “Islam”, cuyo capitán seguramente debe andar por aquí.

—¿Eh? ¡Hígados y carroña!

La exclamación hizo aparecer el rostro del ordenanza.

—Quiero que estés ya de vuelta, sabedor de dónde anda el capitán del velero “Islam” —ordenó Álvarez, mirando la puerta por donde asomaba el rostro del sufrido pirata ordenanza—. Esperando estoy, y si me coge sueño, vas a saber quién soy. ¡Espero!

Bebió de nuevo Rodolfo Álvarez del Lis, y la expresión arrobada con que le contemplaba el Pirata Negro, casi le halagó.

—Mírame bien, "Torreón". Donde me ves, soy el capitán en quien más confía el "Corsario Blanco". Sabe que a mi bordo dura poco el melindroso. Poca es mi tripulación, pero los que aguantan un año de "Graciosa", le harán cucamonas al propio Belcebú. Consentí en meterme aquí, al pairo, porque aquí obtendré lo que me pertenece. Un almirantazgo de costa Sur de la Dorada. Allí me conocen...

Ni una sola vez había reído el sujeto, pero ahora esbozó una sonrisa aviesa.

—Del Cabo Nez hasta el Golfo de la Ballesta, no hay un palmo de tierra que no haya oído lo que de mí se dice. Para los de allá, yo soy el infierno. Mi mástil está inclinado de punta, por los racimos de asquerosos llorones que han colgado en él. ¡Hígado!

—No hay quien haya visto al señor capitán de ese velero "Islam", mi jefe-baló, desde la puerta, el ordenanza.

—¡Peste y lepra! No te me presentes sin averiguar todo los detalles de llegada del capitán con su velero, y cuanto haga mención a este extremo. Que te releve a bordo otro.

Un jarro fue a estrellarse contra la entreabierta puerta, y el extremeño sintióse confidencial:

—Harto estoy de anclar pudriéndome. Así llevo dos meses. Suerte tienen que cuando vi eso del escollo y esta gruta, pensé que eran gente de talento. ¿A que no adivinas?

—Yo aprenderé mucho a vuestro lado, mi capitán.

—Eso sí. Los arrecifes que surgen y se hunden, son rocas atravesadas por cadena cosida de algas, que funciona como los canillones de noria. Es sencillísimo. Desde dentro se maniobra como un torno, y allá húndense las rocas si entra nave nuestra. Yo fui el primer capitán en mojar carena aquí. Y la entrada es puente levadizo con algas, moluscos y hierbajos. Hay calado para diez galeras y otros tantos galeones. Dieron con esta gruta un pirata holandés, que vendió el secreto a su puerca tierra. Yo, tengo ya ansias de hacerme a la mar y por eso maldigo a ese capitán que estamos esperando. Su tardanza es demora para la "Graciosa". Tú vas a dormir aquí. Despiértame si ha llegado el capitán del "Islam". ¿Cómo se llama?

—Cheij Khan. Le apodan “El Chacal”.

—A ese “Chacal” le voy yo a contar algunas cosas. Hacerme esperar a mí, es algo increíble. ¿Qué se habrá figurado “El Chacal” ese? Oye, “Torreón”: te mataré si mal me sirves.

Y con esa despedida encerróse en su camarote, con doble vuelta de llave y echando barra de seguro, Rodolfo Alvarez de Lis.

Tendióse Lezama sobre un banco. Pronto se vería ante Carlos Lezama... Saldrían de la guarida... Aunque fuera atado, se llevaría al “Chacal”, que volvería a ser reidor y confiado, a un hogar feliz.

Y así durmió, si bien alerta, placenteramente.

Pasaron dos días, en los que no apareció el ordenanza enviado a los terraplenes a investigar. En ese lapso de tiempo, con vigor acrecentado por la impaciencia de la espera, el Pirata Negro, interpretando adecuadamente las frases de Alvarez, rompió dos mandíbulas, molió a uno y dejó semiagonizante a otro.

Los motivos eran fútiles, pero indudablemente la disciplina a bordo de la “Graciosa” era férrea.

Cono guardián, seguía por todas partes al engreído y sucio pirata. Y en la tercera noche, durante la cena, el capitán Álvarez se hallaba engullendo vorazmente, cuando miró hacia la puerta por donde acababa de asomar la cabeza del que atendía a la exclamación de “¡Hígados!” o “¡Carroña!”.

—El capitán del velero “Islam” partió con cincuenta hombres en busca de su barco, mi jefe. Tardará, porqué es lejana la costa donde ancla. Cosa de una semana mi jefe.

—¡Peste y lepra! ¡Maldición sobre el “Islam” y el perro asqueroso que lo manda! ¡Trae más vino!

Un cuarto de hora después, eructando, el capitán Álvarez reclinóse pesadamente hacia atrás.

—Otra semana de pudrirse. ¿Y cuándo va a venir el “Corsario Blanco”? Voy a recostarme. Puedes comer, “Torreón”. '.

La mente del Pirata Negro trabajaba incansablemente. Olvidaba todo para sólo pensar una cosa. Tenía que reunirse cuanto antes, con “El Chacal”...

Éste podía, aconsejado por Lucientes, no regresar a “Aguas Revueltas”.

Si abandonaba “Aguas Revueltas, podía comunicar el sitio... Fácil sería bloquear la entrada con pólvora y hacer desmoronarse la

bóveda.

Y sumido en reflexiones, le sorprendió algo inusitado. Un redoble retumbante, como un trueno subterráneo.

Eran tambores, que repicaron un instante para enmudecer.

Vistiéndose apresuradamente, salió Álvarez, rugiendo:

—¡Maldición! Arriba todos. Ha llegado el “Corsario Illanco”. Esta es la contraseña.

La profusión de antorchas, luces de cofa, linternas y pequeñas fogatas, reverberaba en todos los salientes y anfractuosidades de la enorme gruta.

En balsa ocupando el centro de la laguna, y sobre templete, hallábase, dominante, la figura del “Corsario Blanco”.

Dos escalones más abajo, el “Corsario Gris” resaltaba por el brillo despedido por las ropas del jefe holandés.

En todas las cubiertas alineábanse las tripulaciones, erguidos en los castilletes los capitanes.

El “Corsario Blanco” habló, y las bóvedas resonaron aumentando su voz opaca, que llegó hasta el último ámbito:

—Ha llegado el momento del primer ataque. Cada capitán recibirá escrito puntualizando su propia misión y la que hayan de verificar los otros capitanes. Cumplida, regresará a la hora fijada en el escrito. Saldrán las naves con los intervalos exigidos por la distancia que hay que recorrer y el punto que ha de ser atacado, dejando supervivientes en número de tres, para que se pregone que el “Corsario Blanco” ha iniciado el ataque contra la Costa Dorada. Cualquiera de las naves que se cruzara con un velero reseñado como el “Islam”, se servirá de su ayuda para efectuar el ataque. Tiene orden de primacía en la salida del primer barco que ancló en “Aguas Revueltas”. Pasen los capitanes a recibir el pliego de instrucciones que les entregará el “Corsario Gris”. Levará anclas la primera nave a la hora tercera de la madrugada.

Y descendiendo el “Corsario Blanco”, quedó invisible al pisar el último peldaño del templete que quedaba ya dentro de] cuadrilátero de blancas telas irradiantes. Pero Lezama ya había podido descifrar el misterio de aquellas fantasmales apariciones.

Se trataba de telas impregnadas de jugo macerado de hierba, que contenía una substancia fosforescente, y que en cumbres nevadas irradiaba luz blanca, sólo visible de muy cerca.

Acompañó al capitán Álvarez en la lancha, que, acercándose al templete, recoció el pliego.

Afanosamente, en la sala capitana, rompió Álvarez los lacres y leyó el contenido.

Arrolló el pliego, introduciéndolo en su cinto.

—Maniobra de zarpar-gruñó, vistiéndose, sin cuidarse de cerrar la puerta —. Mis galas de fiesta.

Sus galas de fiesta eran abigarradas. El bicornio de ancho vuelo, donde campeaban la calavera y las tibias, reducía aún más su talla. El sable de abordaje debía llevarlo bajo el sobaco, para evitar que colgara tras él.

Una casaca negra cubrió su sucia camisa. Y seguido por Lezama, subió a cubierta.

La "Graciosa" púsose en movimiento y atravesó lentamente la lagaña remolcada por sogas tendidas desde los remates de una hilera de largas lanchas remadas por veinte forzudos.

Salió a la noche, donde el aire era frío y salobre, y poco después eran soltados los trenzados de sogas, porque ya el viento hinchaba las velas desplegadas.

—Mar libre-gruñó Álvarez —. Durante cuatro días respiraré buen aire, pero mejor será, el de los otros cuatro días de regreso, porque habrá buen botín.

Al mediodía, escrutando infatigablemente el horizonte, en inútil búsqueda del "Islam", Carlos Lezama descendió para acompañar al capitán Álvarez.

Un mortal combate entablábase en el pensamiento del Pirata Negro. Si abandonaba la nave, podía evitar miles de muertos. Bastaba con que por la noche adormeciera a Álvarez, copiara el documento y, a nado, ganara la costa, tras enfundar la copia en lona embreada.

Pero si el "Islam" se cruzaba con cualquiera de las naves piratas y se consumaba el ataque Cheij Khan sería preso por las mismas autoridades a quienes informara el Pirata Negro.

Llegó la noche, sin que en el horizonte se divisaran los palos del "Islam".

El capitán Álvarez, al terminar de cenar, manifestó qué dormiría con un solo ojo, y que le avisara "Torreón" de cualquier anomalía.

La mixtura de tasajo reducido a polvo con moho de herrín y

jugo de breva pasa, no alteró gran cosa el sabor acre del vino que en grandes cantidades, bebió el capitán Álvarez.

Media hora después de tenderse en su camastro, el capitán Álvarez no podía oír los empujones con los cuales, al final, logró Lezama desplazar la barra.

Copió el largo escrito y colocó de nuevo el pergamino en el cinto. Luego dejó la barra en equilibrio para que encajara al cerrarse la puerta.

Envolvió la copia en tela embreada qué cosió, formando sólido collar del que colgaba e1 tubo cosido, y salió del camarote, tambaleándose como hombre bebido.

En cubierta, el ordenanza del capitán, viéndole describir vaivenes, rió burlón:

—El vino de mi jefe acabó contigo, "Torreón". Vete a tumbar abajo, perro, o te van a dar con un cabo si te ven así. Nadie te quiere a bordo..., y si al agua te cayeras, todos bailaríamos de contento. Ya conoces la orden. Por hombre al agua no se cambiará el rumbo.

Reclinado de espaldas a la borda, fingió el Pirata Negro querer asir algo:

—¡Hígados y carroña! —mascullό, con lengua estropajosa de embriagado—, Te cojo y te... acogoto...

De pronto, por los gestos que hacía, perdió aparentemente el equilibrio y lanzó grito despavorido, que ahogó el ordenanza con grito de júbilo.

"Torreón", el demoledor matón, acababa de caer al agua... Bebido como estaba no flotaría ni minutos...

Escrutó, al igual que el vigía, el agua obscura, y a la mañana siguiente tardó el capitán Álvarez en despertarse, para hacerlo con humor de tormenta y cabeza dolorida.

Y el epitafio que dedicó al desaparecido fue muy pintoresco:

—¡Maldición para sus hinchadas tripas! Le cogió afición a mi vino, y quien no sabe beberlo, que no lo cate. ¡Que os sirva a todos de lección, perros sarnosos! Así mueren los que se creen listos y quieren beber como lo hacemos los hombres de pelo en pecho. ¡Hígados y carroña! Borra de mi lista de rol el nombre de "Torreón" el panameño.

Y la goleta "Graciosa" siguió rumbo hacia el punto de su

destino, donde debía ser la primera en sembrar el pánico incubado desde hacía largo tiempo, gracias a los rumores propalados sabiamente por los propios agentes del “Corsario Blanco”.

Capítulo VII

Al claro de luna

“Cien Chirlos”, en toda su larga vida accidentadísima, sólo había tenido dos amores y dos afectos: el lejano amor de su niñez, que vagamente recordaba, cuando buscaba amparo en las haldas maternas, y el esclavizante que le unía a una estructura de maderas y lonas.

Los dos afectos hondos eran los que anidaba su corazón hacia el Pirata Negro y el primer hijo de éste, del que muchas nostalgias sentía, sobre todo por noches como la actual, en que, fúlgida en el frío cielo estrellado, la luna bañaba en luz blanca la cubierta del velero anclado en el puerto de Buenaventura.

Muchas veces, y en la ausencia del Pirata Negro, sentía “Cien Chirlos”, con más hondura que el Destino no le hubiera permitido ver crecer a Carlos, el que él llamaba “jabato majo”.

Por eso, si bien gruñendo, casi acogió con agrado la llegada de Ambrosio Bustamante, el “Pencas”, porque le suponía evadirse de las melancólicas nostalgias.

El navarro acercóse, sacando punta con su cuchillo a una larga vara de fresno.

—Gran noche ésta, compadre-saludó el navarro —. Yo opino que hay momentos en que, sin saber cómo, uno siente eso raro, que tú sabes y que muchos no saben, pero yo sí, porque para eso tú y yo somos talentos, aunque mal me esté el decirlo, mejorando lo presente que no es de desperdiciar.

La enrevesada charla de “Pencas” producía siempre en “Cien Chirlos” la sensación de que debía andar por laberintos.

Limitóse a gruñir asintiendo, porque iba acostumbrándose a adivinar el obscuro significado de los parlamentos del navarro, que

siguió diciendo:

—Yo opino que los que llaman sudario a la luz del claro de luna, son tipos con mala digestión, que ésos son los que piensan tristezas y escupen filosofías. El claro de luna es la luz más bonita que nos puede alumbrar. El sol quema, y yo opino...

—Calla-dijo breve, pero mordiendo la palabra el aragonés —; ¿No oyes un ruido?

—Sí. Algo como un chapoteo... Yo opino que no es remo, sino brazos hendiendo la “salada”.

Ambos se inclinaron por la borda, tratando de escudriñar la obscuridad plateada, hacia el lugar donde se oía el ruido.

Vieron la cabeza de un hombre, que iba entrando en la zona iluminada, mientras sus brazos movíanse con vigor pero denotando a las claras que empezaba a sentir agotamiento.

—¡Él! —gritó alborozado “Cien Chirlos” al reconocer en el fatigado a nadador al Pirata Negro, y sin detenerse a parar mientes en la razón por la cual estaría nadando procedente de alta mar.

Más práctico el navarro, mientras al igual que “Cien Chirlos”, lanzaba largo cable al agua, comentó:

—Yo opino que es extraño que nuestro jefe venga como naufragado y que lleva tiempo en la “salada”.

Con sus voces, “Cien Chirlos”, llamó la atención del Pirata Negro, quien poco después empuñaba uno de los dos cabos, y asiéndose a él, fue halado por su lugarteniente. Poco después, aplicaba los pies en el casco del velero anclado y trepaba hacia la cubierta.

Cuando “Antonio Ledesma” eligió el caer al mar como embriagado, incapaz de guardar el equilibrio, eligió la altura conveniente que en latitud correspondiera al puerto de Buenaventura.

Habla nadado sin descanso cuatro horas seguidas, y en cubierta del “Aquilón”, sólo estaban los vigías de turno y el navarro. Éste, voluntariamente, acompañaba en su guardia al lugarteniente, anticipándose en una Lora a su cuarto.

Chorreando agua, desnudo, con sólo un cordel a modo de collar, del que colgaba un oblongo objeto de tela embreada cosida, Carlos Lezama dirigióse hacia sus camarotes, seguido por “Cien Chirlos”, mientras el navarro permanecía cerca de la sala capitana.

Mientras tras secarse, se vestía el Parata Negro, meditó que no revelaría la verdadera personalidad de Cheij Khan, “El Chacal”, al que era su padrino.

Quería darle la emocionante nueva, cuando “El Chacal” estuviera a bordo del “Aquilón”...

—Si tú no tienes novedades, muchas tengo yo viejo-empezó a decir Lezama, después de comer las viandas servidas por su lugarteniente y beber gustosamente el vino cordial que reparaba sus fuerzas —. Por de pronto despertarás a seis valientes listos, además de ti. Os necesito para una misión importantísima. ¿Cuáles eliges?

—Creo, señor, que el “Pencas”...

—Vale. Es un bruto listo y cazurro. Otro.

—“Carpanta” y también “Fierabrás”.

—Sirven.

—Juanelo y Lucio, y también sirve el “Soñera”, porque parece dormir y anda más despabilado que ardilla perseguida.

—Esos son los mejores. Que se vistan y armen, que aquí espero.

Pronto en la sala capitana alineáronse los seis elegidos, al frente de los cuales “Cien Chirlos” aguardó, mientras el Pirata Negro, que había desenrollado copia del plan de ataque del “Corsario Blanco”, escribía al pie de ella.

Hacía un breve resumen de los recientes sucesos de la casa de juego, su entrada en “Aguas Revueltas”, señalaba la posición exacta de la misteriosa gruta, y añadió con su letra grande y recia:

> “Me dispongo con el “Aquilón” a salir a cortarle el paso a la goleta “Graciosa", mandada por Álvarez, a la cual me adelantaré para aguardar su desembarro en la playa a donde se dirige”.
>
> “Reventad a cuantos emisarios tengáis, Excelencia, pero en cada punto que va a ser atacado, acumulad refuerzos encubiertos, y que los que creen encontrar ocho poblados indefensos, sucumban”.

“Este es el momento en que puede ser exterminada por entero la flota del “Corsario' Blanco”. Vaciad, si es preciso, las fortalezas interiores. Todo con implacable decisión.”

“Los tres barcos que poseo acudirán a Cartava, Carrizales, y Venamascua. Encargaos pues que en los otros cuatro lugares, no falle el contraataque victorioso.”

“Os enviará este pliego, el capitán Indalecio Guzmán, quien enterado de su contenido, tomará las medidas pertinentes para que los tres barcos de la naciente “Implacable” demuestren ser dignos de tal calificativo.”

“En cada una de las expediciones que irán a ocultarse en los presuntos poblados su defensa, habrá uno de mis hombres de confianza, puesto que como digo no puedo estar presente en ocho lugares a la vez. Este hombre me comunicará lo sucedido, con la imparcialidad debida, para que como de la maniobra, pueda yo enjuiciar y daros al igual que ni capitán Indalecio Guzmán la enhorabuena, o exponeros mis críticas.”

"No dudo en afirmar que esta noche puede y debe significar el final de la escuadra del “Corsario Illanco.”

“Os, saludo,

Carlos Lezama.
Conde de Ferblanc.”

Lacró d Pirata Negro el pliego, diciendo:

—Este pliego si se perdiera, supondría la pérdida de miles de vidas, don Marcelo. Conque, doy por hecho que lo entregarás en mano al capitán Indalecio Guzmán. Cada uno de vosotros tiene por misión, estar presente en el contraataque que las fuerzas españolas lanzarán contra la flota que atacará esta noche en diversos puntos. Esta es la misión que al parecer lleváis, constituidos en testigos delegados por mí para enjuiciar.



...doy por hecho que lo entregarás en mano...

Levantóse el Pirata Negro, y añadió:

—En cualquiera de los ocho lugares donde se desencadene el ataque, puede maniobrar un velero capitaneado por “El Chacal”... Este mozo, si muere o es hecho prisionero, me acarreará graves trastornos. Vosotros vais para impedirlo. Llevad mensaje mío de palabra al señor Lucientes, que con el mozo estará, y decidle que es

mi deseo que Cheij Khan, en vida, hable conmigo para sellar una paz duradera. Y con la ayuda del señor Lucientes, posible os será evitar cualquier percance al mozo.

Hizo una pausa el Pirata Negro para agregar, sombrío:

—Recordad... Cualquier percance que a él le ocurra, me ocasionará un hondo dolor. Por hoy más no os digo. Id, y cumplid.

Saludaron los siete piratas, y abandonaron el velero, que poco después hacíase a la mar...

La luna refulgía intensamente bañando un litoral pintoresco, donde todo parecía dormir.

Pero media hora después, una serie de emisarios veloces partía en múltiples direcciones, para cumplir las disposiciones dictadas por el conde Ferblanc y transmitidas por el capitán Indalecio Guzmán, quien, ya ultimadas, todas las medidas conducentes a hacer fracasar el plan de ataque del "Corsario Blanco", envió el mensaje a Su Excelencia el gobernador de Santa Fe de Bogotá.



—¡Peste y lepra! ¡Hígados y carroña! Te voy a rebanar la nuez, hijo de la gran perra, si vuelves a aparecer delante mío, sin todo tu armamento completo. Todos a bordo, contramaestre. Da la orden de reunión. Nos acercamos a Riachuelos.

Riachuelos, la aldea escasa en población, era importante por ser escala de aprovisionamiento de buques.

Componíase en particular de almacenes, y en sus casas, los mercaderes apilaban en sus cofres ricas, mercancías obtenidas a trueque con los capitanes que hacían escala allí.

La aldea, llana, construida en la ladera de un montículo, era abarcada por los costados por varios arroyos en que abríase en abanico el río que surtía de agua potable la aldea.

La luna arrancaba destellos de las quietas corrientes, y en la bahía de entrada, sólo había varias barcazas planas de las utilizadas para llevar a bordo de los buques en escala, las provisiones.

Las barcazas, a aquella hora, mecíanse apaciblemente, sin nadie en cubierta.

La goleta "Graciosa" distante aun cuatro millas al norte de la aldea, avanzaba a media vela, mientras en cubierta, el capitán Rodolfo Álvarez del Lis, vociferaba:

—...¡y maldición para el que pierda el resuello en desembarco

tan sin peligro! A bordo quedarán los artilleros, quienes una vez hecha nuestra retirada, cañonearán la aldea, sin dejar piedra sobre piedra, aunque ya los dé tierra incendiaremos después de pasar a cuchillo basta el último hijo de perra de Riachuelos. Preparadas las cinco chalupas de desembarco... ¡Timonel! ¡Hígados y carroña! ¡Te empalaré, si no sabes mantener a la "Graciosa" fuera de la bahía! Asomarás, tan sólo cuando divise el vigía la primera llama y oigas los pistoletazos de aviso. ¡Cada hijo de perra a su sitio, maldición para todos y mal rayo parta al medroso que tiemble!

La goleta quedó a cubierto tras el «aliente que formaba la norteña vertiente de la bahía de Riachuelos...

Las cinco chalupas de desembarco, colmadas con los piratas que, armados, disponíanse a atacar alevosamente a la aldea dormida e indefensa, fueron avanzando hasta doblar el saliente, penetrando en la quieta bahía.

La primera iba capitaneada por un contramaestre y tras ella, otras tres remaban unidas, cerrando la siniestra comitiva, la chalupa en cuya proa el capitán Álvarez, deseaba ya pisar tierra.

Faltaba escasamente un centenar de metros para llegar a la playa, y hallábanse las cinco chalupas deslizándose por entre las barcazas al parecer desocupadas, cuando de repente semejó que el apacible remanso de la bahía cediera abierto y removido por el súbito estallido de un volcán submarino.

Un coro de imprecaciones en las que mezclábase la airada sorpresa y el pavor de sobresalto, hizo amortiguado eco al fuego de mosquetería dimanante de las lanchas, que inflamáronse en rojizas luces, al fulgor de los disparos...

La mitad de los tripulantes del "Aquilón" escondidos hasta entonces en la cala de las barcazas, desde las que dispararon atinadamente, lanzaron ahora los pequeños barrilitos con pólvora y metralla, cuya mecha encendida describió un arco amenazador hasta reventar sembrando destrozo entre las chalupas...

Uno de los barrilitos, estalló chocando contra el cuerpo del capitán Alvarez...

Y un estrépito atronador anunció que la goleta "Graciosa", al aparecer doblando el cabo confundiendo con señales de aviso lo que era exterminio de sus propios, desembarcados, era recibida por el fuego cerrado por andanadas del velero "Aquilón". Éste había

surgido por vertiente Sur, y disparaba con todos sus cañones de babor contra la goleta, que enfilaba proa dirigiendo sus piezas contra la supuesta aldea indefensa.

E1 Pirata Negro tenía prisa. Todavía no se había extinguido del todo el eco de los cañonazos, y flotaban aún en remolinos los restos arrancados de la goleta que iba hundiéndose, cuando ya estaban nadando los tripulantes del "Aquilón" en dirección al velero, para dejar a cargo de los habítenles de Riachuelos, el rematar a los supervivientes del primer ataque de la flota de "Corsario Blanco".

El resto de la noche y del siguiente día, el velero "Aquilón" recorrió la costa hacia el Norte, al parecer como nave del jefe que recoge las novedades.

Novedades jubilosas de victoria anunciarlo el total aplastamiento de los barcos piratas que creyeron atacar poblados ricos pero indefensos.

Y al reunirse a bordo del ".Aquilón" todos los que había enviado el Pirata Negro con la misión de proteger la vida de Cheij Khan, quedó Carlos Lezama convencido de que por uno u otro motivo había desistido Cheij Khan de reunirse con la flota del "Corsario Blanco", renuncia satisfactoria.

Y dispúsose Lezama a enviar mensajeros con escrito lacrado, para localizar a Diego Lucientes, cuando anclando ya en puerto de Buenaventura, empavesado de luces, banderolas y guirnaldas, como ciudad que festeja un gran acontecimiento, le fue anunciado que el capitán Indalecio Guzmán deseaba ser recibido con la máxima urgencia.

—Albricias, señor capitán. "La Implacable", en trance de crecimiento, ha aplastado el primero y más fuerte de los golpes que se destinaban a enlutar la Costa Dorada.

—Vuestro nombre, conde Ferblanc, es repetido de boca en boca como artífice de este gran triunfo. Pero hay más, señor conde. Mucho quehacer espera al verdugo.

—Orden di de que no hubiera supervivientes. Los que deshonran el mar, deben tener tumba de escarmiento en él.

—No hubo incumplimiento, conde Ferblanc. Ha quedado exterminado hasta el último pirata. Pero se han hecho cinco prisioneros importantísimos. Fueron pillados a sorpresa, por el capitán Lope Holgado, en la gruta de "Aguas Revueltas",

—¿Quiénes? —apremió, angustiado, el Pirata Negro.

—EÍ “Corsario Blanco” y la “Sirena fatal”....

—¿Quién» más?

—Lo siento, conde Ferblanc., Pero también ha sido hecho preso vuestro antiguo amigo, el pelirrojo Diego Lucientes.

—Faltan dos.

—Un tal Cheij Khan, “El Chacal” y su lugarteniente, un tártaro. Y fuertemente custodiados han sido recluidos en las mazmorras del palacio presidencial de Santa Fe.

Capítulo X

La hidra aplastada

En la Plaza del Adelantado, seguía imponiendo cierto recelo la erguida silueta del verdugo encapuchado, apoyándose marcialmente en el mango del hacha que descansaba en el yunque.

Pero la ciudad.entera aparecía engalanada, luciendo profusión de telas y tapices los balcones, y exhibiendo todos los habitantes sus galas domingueras.

Juan Palomo, perplejo y confuso, trataba de inquirir los motivos de aquel bullicio.

Había preguntado primero sí era domingo, ya que según sus cálculos creía con certeza hallarse en viernes.

—¡Ha sido aplastada la hidra! —le contestó, alborozado, un ciudadano, encaminándose hacia la Plaza del Adelantado.

Meditó Juan Palomo que no cabía duda de que debía ser tonto cuando por más que se esforzaba no lograba comprender la relación que tuviera una hidra aplastada con aquel júbilo popular..

Desconocía lo que era una hidra, y por eso su otra pregunta, provocó risas en el mesurado burgués, que acompañando a su familia entera, dirigíase también hacia la Plaza del Adelantado.

—Mi buen Juan: una hidra era un dragón de tiempos pasados que tenía muchas cabezas, y era un animal de muchas carnes, garras, colmillos que echaban fuego por las muchas fauces.

—¿Y dónde estaba esa, hidra qua hoy han aplastado?

—Eso es un símil, mi buen Juan. Quieren decir que la flota del "Corsario Blanco", ha sido vencida.

—Ah...

Pero Juan Palomo seguía sin comprender, y optó por hacer como los demás. Dirigirse hacia la Plaza del Adelantado.

* * *

En la casa cuartel de los Tercios Españoles, maese Huarte sometía sus ropas a un enérgico cepillado.

Aquella medida extraordinaria debíase a que era invitado de honor en el estrado desde el cual iba a dirigir la palabra al pueblo congregado, su excelencia el gobernador.

Contemplándole cariacontecido estaba Nemesio Ordóñez el ordenanza.

Rodeaba su cabeza un envoltorio de blancos trapos en vendaje que en su interior estaba impregnado de bálsamos cicatrizantes.

Apoyábase en muleta, y llevaba el otro brazo en cabestrillo.

—¡Ay, maese! —suspiró Nemesio Ordóñez—. ¡Mal que me fue mi primera salida de espía! Os lo dije, maese. Seguir a hombre que se dispone a acudir a cita amorosa, trae palos... Descalabrado estoy, y me duelen todos los huesos.

—Sólo diéronte paliza, Nemesio. Consuélate, mílite brioso. Pudieron darte muerte. Además, ¿qué sabes tú si los que te atacaron fueron corta bolsas, que irritados ante la parvedad de la tuya, te administraron recia tunda? Esa es mi opinión.

—También eso creo ahora que lo decís, maese Huarte. Porque el señor secretario Fadrique Menéndez, no pudo verme. Por tanto, los que a traición me atacaron, ladrones fueran.

—¿Los viste? ¿Eran muchos?

Por un instante, el soldado iba a inventar legiones de malandrines armados. Pero, prefirió la sinceridad.

—Nada vi, maese. Como os he dicho, iba yo siguiendo los pasos del señor secretario, tal como mu ordenasteis. Le vi entrar en casa de las afueras. Y aguardé, cuando de pronto, al cuarto o así de espera, algo me cayó sobre el cogote... y nada más recuerdo, sino que fui recogido por los del rondín.

—Consuélate, Nemesio, Has sido herido en acto de servicio, y yo tu conseguiré galones de cabo mayor,

—¿De veras, maese? —exclamó dichoso el soldado. Bienvenidas sean estas mataduras...

Maese Huarte, tras cepillar su sombrero, salió, barajando en su mente lo intrincado del problema que se avecinaba.

Iba a sentarse cerca de dos hombres, de elevado cargo, uno de los cuales era sin duda alguna cómplice de los que estaban presos

en las mazmorras del palacio.

La hidra había sido aplastada gracias al conde Ferblanc. Pero faltaba una cabeza: el “Corsario Gris”.

¿Quién era el “Corsario Gris”? ¿Ramiro Luances de la Gándara o Fadrique Menéndez?

Pensaba que ni aun bajo los palos del tormento los cinco prisioneros revelarían la personalidad del “Corsario Gris”.

Por la razón muy fuerte de que ya la única esperanza que les quedaba a los prisioneros, era que el “Corsario Gris” permaneciendo incógnito, podría abrirles las puertas de la prisión.

Y lo haría para salvarse...

“No, meditó, la hidra no está aplastada hasta que no sea desenmascarado el “Corsario Gris”.

Y sintiese algo semejante a un taimado conspirador, porque en secreto había aconsejado al coronel Carrascal, jefe del Tercio, que montara una guardia especial alrededor de las mazmorras.

Le había hecho partícipe de las revelaciones hechas por Cresilda López antes de pisar el cadalso y según las cuales, acusaba a uno de los dos prohombres de ser el “Corsario Gris”.

El coronel Carrascal juró une dejaría de ser un varón de mostacho para convertirse en damisela pálida, si tan sólo uno de los cinco prisioneros lograba asomarse por la puerta de la mazmorra, ante la cual y bajo cuyas rejas exteriores, colocaría centinelas especialmente seleccionadas.

Aquello confortaba a maese Huarte, el cual, si bien receloso, pasó poco después a estrechar las diestras de su excelencia el gobernador y del secretario.

Con ellos en la carroza, desfiló por entre los transeúntes, que lanzaban vítores y ¡cantaban alabanzas al rápido triunfo del conde Ferblanc y al acierto del gobernador.

Ramiro Luances de la Gándara, poco después, en el estrado de la Plaza del Adelantado, y mientras, los tambores redoblaban para cesar luego en medio del absoluto silencio de la muchedumbre que se apiñaba allí, levantóse sonriente, y empezó a hablar:

—Jornada ésta de trascendental importancia en los fastos de nuestra historia, amigos míos. Os anuncié que el verdugo esperaba, y que mi deseo era darle prontamente ocasión de cumplir con su cometido. Gracias al rayo humano que es el excelentísimo señor

conde de Ferblanc, para quien solicito de Su Majestad título de marqués, ha sido exterminada totalmente la flota maleante acaudillada por el "Corsario Blanco". Pero eso no es todo.

Volvió el gobernador a abrir la cajita enjoyada, por gesto habitual, aunque sin hacer uso del rapé.

—El escarmiento ha de ser.duradero. Debe propagarse por toda la Costa Dorada, que ha terminado de existir el paraje llamado "Aguas Revueltas", y que al igual cesarán apenas iniciados cuantos intentos sean hechos de perturbar la tranquilidad de nuestro mar Pacífico. Gracias al conde Ferblanc ha renacido la paz, que deseo duradera. Y para escarmiento y castigo, queda constituido el Tribunal de Alta Traición y Represión de la Piratería, que entrará en primeras funciones para juzgar a los cinco prisioneros capturados, y que eran elementos importantísimos de la conspiración. El Tribunal estará integrado por el coronel Carrascal, como representante de las fuerzas de tierra, por el señor Alfredo Huarte, como representante de la voz popular, cuyos intereses tan bien defiende, por mi secretario, como testigo de la Corona, siendo mi presencia en el tribunal, mera aportación personal. Y como honor merecido y justo cedo la presidencia de dicho tribunal, al que por todos conceptos la ganó: aludo al señor conde Ferblanc, cuya llegada es esperada de un momento a otro.

Señaló el gobernador hacia el estrado central:

—Ahí espera el verdugo, y pronto cinco cabezas cercenadas hablarán de la efectiva rapidez de la justicia de España, cuyo paladín en nuestra ciudad, lo es el conde Ferblanc.

Añadió Ramiro Luances de la Gándara, varias parrafadas más., y poco después, de nuevo entre vítores, desfiló la carroza en cuyo interior maese Huarte sentábase frente al gobernador y su secretario.

—¿Qué marquesado pensáis solicitar para el conde? —inquirió Fadrique Menéndez—. Vuestra excelencia es generosa...

—No es generosidad, Fadrique. Todos tenemos que reconocer, que a no ser por la hazaña del conde Ferblanc, hoy lamentaríamos la desolación imperante en ocho poblados costeros.

Maese Huarte escuchaba, y a la, vez reflexionaba en la capacidad de disimulo del ser humano.

Uno de aquellos dos hombres, era el "Corsario Gris"... Y

hablaban como honrados patriotas, virtuosos a carta cabal.

—Vos, maese, vendréis ahora a mi despacho, para que entre los tres estudiemos el escrito que contiene las pruebas de cargo que entregaremos al juez de oficio, para que mantenga la acusación; nuestra labor como constituyentes del tribunal se limita a interrogar si lo deseamos, aunque la demostración de los hechos no precisa de muchos interrogatorios ni discursos. ¿Queréis decirme algo, maese?

Alfredo Huarte, secándose las gafas, volvió a colocárselas con gesto enérgico, para decir:

—Ha olvidado su excelencia un extremo importantísimo, que no citó en su magnífico discurso reciente.

—¿Cuál, maese?

—El “Corsario Gris".

Miró el gobernador a Fadrique Menéndez. Y después sonrió al gacetillero:

—Razón os sobra, maese. Pero hoy era día de alborozo completo. Y no quise aportar la sombra que hubiera echado el anunciar que aún queda por apresar el misterioso enmascarado que servía de lugarteniente al “Corsario Blanco”. Juzgo poco importante esta captura, en comparación con lo mucho que significa tener prisioneros a los cabecillas.

—Disiento, excelencia-afirmó Fadrique Menéndez —. Pensad por un instante que este “Corsario Gris”, sea, como todo parece indicar, un personaje importante que tiene libre entrada en palacio.

—Eso pienso, Fadrique.

—Pues, tal personaje, podría libertar a los cinco presos.

Alfredo Huarte contempló con simpatía al secretario. Éste acababa de expresar su propia opinión.

El gobernador sonrió, aspirando rapé. Estornudó levemente:

—Hemos llegado. Seguiremos hablando de esto en mi despacho.

Pero no siguieron hablando de ello, porque el chambelán anunció al gobernador que en la antesala hallábase el conde Ferblanc acompañado de su lugarteniente.

Apresuró el paso el gobernador, para abrazar al Pirata Negro.

—¡Por el cielo, conde! ¡Sois en exceso modesto! La plaza entera habríase venido abajo si hubierais hecho acto de presencia. Sois el héroe del día...

—Soy tan orgulloso, que el versátil fervor popular me inspira

recelos, excelencia. Los mismos que hoy me aplaudirían… quizá mañana aullarían pidiendo mi cabeza.

—No llegará tal ocasión-sonrió Luances.

El ceño poco amable del Pirata Negro, no extrañó a ninguno de los tres,

A maese Huarte le inspiraba un respeto rayano en temor el que ahora seguía al gobernador. Éste conceptuaba al Pirata Negro, como luchador cosido a cicatrices y poco dado a amabilidades y festejos.

En cuanto a Fadrique Menéndez, no sentía el menor impulso de simpatía hacia el conde Ferblanc.

"Cien Chirlos" quedó en pie tras el sillón ocupado por el Pirata Negro. Era el único, que, conocedor del carácter de Lezama, adivinaba algo extraño que no podía precisar en la actitud de su jefe, desde que a todo galope abandonaron Buenaventura, tras la breve visita del capitán Indalecio Guzmán.

—Desde sitio poco visible os oí hablar, excelencia-manifestó el Pirata Negro —. Y cuanto dijisteis era acertado, si bien considero excesivo el quererme dar título por simple correría.

—¿Correría llamáis a haberos introducido en "Aguas Revueltas", con riesgo de vuestra vida y haber hecho fracasar completamente una ofensiva bien planeada, permitiendo la captura de los principales cabecillas?,

—Mi lugarteniente don Marcelo, mi sombra buena, os podría decir que en los muchos episodios de mi vida, mayores riesgos corrí. Pero debo ahora insistir en un punto. Creo que habéis exagerado la importancia de las capturas efectuadas por el capitán Lope Helgado, que actuó gracias a mi informe revelando la exacta situación de "Aguas Revueltas".

—No considero exageración manifestar que cinco cabezas de la hidra van a ser cortadas por el hacha del verdugo, que esperando está.

—Dos tan solo.

—¿Cómo?

—Solamente son cabezas el "Corsario Blanco" y la mujer apodada "La Sirena Fatal". En cuanto a mi amigo Diego Lucientes, al igual que el mozo árabe Cheij Khan y su lugarteniente, son pececillos que nada tienen que ver con esta conspiración.

Una expresión de embarazosa confusión se plasmó en el rostro

del gobernador.

—Perdonad, señor conde. Sé que Diego Lucientes era vuestro amigo. Pero lo cierto es que fue apresado en “Aguas Revueltas”.

—Solicito el interrogar a solas y privadamente a los prisioneros, excelencia.

—Lo lamento, señor conde. Pero debido a que no ha sido capturado el “Corsario Gris”, hemos determinado que los cinco presos sólo podrán ser interrogados ante el Tribunal del que vos formaréis parte. Quisiera hacer una excepción, pero es imposible; Ni yo mismo, podría hablar con los presos...

—Espero que no abrigaréis la peregrina reserva de suponer que yo sea el “Corsario Gris”.

—No... Pero si no exceptúo ni a mis amigos presentes, ni al coronel Carrascal, ni a mí mismo, mal puedo hacer excepción que ofendería a los citados señores. Vos sois ecuánime, señor conde. Prescindid de vuestra antigua amistad con uno de los presos. En reciente discurso dije que si mi propio hijo fuera apresado en “Aguas Revueltas”, yo mismo daría la orden al verdugo.

Levantóse el Pirata Negro pálido, pero sonriente:

—Yo no llego a vuestra espartana heroicidad, señor gobernador.

—Afortunadamente vuestro hijo no está en peligro y, por lo tanto, no es preciso tal espartana heroicidad, señor conde. ¿Tenéis noticias del marqués de Ferjus?

—Sigue en Francia, dedicándose al noble arte de tocar el violín. ¿Cuándo se reúne el tribunal, excelencia?

—Mañana mismo. Ved-y señaló a lo lejos el gobernador-que allá hay un verdugo que espera y resulta incómoda su espera.

—Entonces, señores, mañana nos volveremos a ver

Saludó el Pirata Negro, que seguido por “Cien Chirlos” abandonó la sala.

Ramiro Luances de la Gándara, topó, estornudó y tras usar el pañuelo. Comentó:

—No es extraña la actitud del conde Ferblanc. Apreciaba, mucho a Diego Lucientes y tratará de salvarle la cabeza. Pero a fe mía, que no lo logrará. Las cinco cabezas han caer.

Asintió Fadrique Menéndez. y maquinalmente hizo Alfredo Harte el mismo gesto, pero con una reserva: eran seis las cabezas que por justicia debían caer.

Y él esperaba que en el acto del juicio surgiera la revelación, desenmascarando a uno de aquellos dos que, ante él iban ahora discutiendo los pormenores de la acusación.

Por senderos exteriores alejóse Pirata Negro de la ciudad. Poco después desmontaba en la cima de un altozano, desde el cual divisábanse perfectamente los edificios, y plazas: de Santa Fe de Bogotá.

—A veces, viejo, he comentado contigo que hartura teníamos de navegar bajo pabellón de ley, porque para imponer justicia más nos servía navegar sin impedimentos. Creo que ha llegado el momento de romper con trabas. ¿Me entiendes?

—Supongo, señor, que tú no quieres que el señor Lucientes ponga el cuello bajo el hacha.

—No lo quiero.

Señaló el Pirata Negro hacia la plaza del Adelantado, donde, aunque diminuta, percibíase la roja figura del verdugo

—No me opongo a que aquel perillán corte dos cabezas. Pero hay tres que por las buenas o por las malas, he de arrebatar yo al filo del hacha,

—El mozo árabe salvó la vida de tu esposa, mi señora.

—Sí... El mozo árabe no debe morir... ¡porque quiero yo tenerlo junto a mí!

Quedóse “Cien Chirlos” en silencio, extrañado ante la emoción contenida que latía en las frases y en el semblante del Pirata Negro, de

—¿Oíste como su señoría tuvo a bien inquirir noticias de mi hijo Humberto?

—Atención de cortesanos, señor, porque en el fondo mi ardite se le dará de tu hijo.

—¡Eso digo yo! Y de mi hijo sólo yo con tu ayuda debo ocuparme. Por eso te digo, que si en el Tribunal no logro lo que quiero, con mi ley y en mi propio Tribunal arrebataré tres cabezas al verdugo que espera.

“Cien Chirlos” no entendió bien la relación existente entre Humberto y el verdugo. Pero cuanto decía “él” era artículo de fe.

Por eso dijo rotundamente.

—Por hecho está, señor. El verdugo se volverá añejo y mohoso, si ha de esperar por las tres cabezas que tú quieres salvar. Y que lo

que tú te prepones se realiza,

—Esta vez guapetón... más que nunca. Porque... ya te explicaré do llegue el momento... ¡Una de esas tres cabezas es mía!

“Cien Chirlos” arrugó la frente en inútil esfuerzo de comprender. Pero abandonó todo esfuerzo, porque dándole una palmada en el hombro, el Pirata Negro repetía:

—Una de esas tres cabezas es muy mía guapetón y ni el propio Rey me la roba... ¡menos, pues, un verdugo!

¡No hay más que un PIRATA NEGRO!

Jamás ha habido un héroe más valeroso ni más generoso que él. Con la sonrisa en los labios y la espada en la mano,

EL PIRATA NEGRO

recorre todos los mares al frente de sus intrépidos seguidores para imponer la ley y la razón a los que olvidan los dictados de la justicia.

¡Emoción en todas las páginas! ***¡Interés e intriga constantes!***

TITULOS PUBLICADOS

1. La espada justiciera.
2. La bella corsaria.
3. Sucedió en Jamaica.
4. Brazo de hierro.
5. La carabela de la muerte.
6. El leopardo.
7. Cien vidas por una.
8. La bahía de los tiburones.
9. El corso maldito.
10. Rebelión en Martinica.
11. Los filibusteros.
12. La primera derrota.
13. La dama enmascarada.
14. Los tres espadachines
15. Los mendigos del mar.
16. El rey de los zíngaros.
17. Noches fantasmales.
18. Montbar, el exterminador.
19. La tumba de los caballeros.
20. Frente a frente.
21. Esclavitud y rescate.
22. Deuda saldada.
23. El holandés fantasma.
24. "Mezzomorto".
25. Mares africanos.
26. Enemigos irreconciliables.
27. La ciudad invisible.
28. El capitán Lezama.
29. Contra viento y marea.
30. Manopla de terciopelo.
31. El caballelo errante.
32. Sucedió en Sevilla.
33. La tizona toledana.
34. Máscara de flores.
35. Angus el tenebroso.
36. La furia española.
37. Dos españoles en París.
38. Intriga macabra.
39. La mujer del vampiro.
40. El castillo de Civry.
41. Los cuervos.
42. Odisea en Italia.
43. Los cuatro dogos.
44. La princesa azul.
45. Tres amores.
46. Escala en Tenerife.
47. Los negreros.
48. Rumbo al Caribe.
49. Rebelión criolla.
50. El hijo del Pirata.
51. "El Chacal".
52. La Legión del Mar.
53. La Amazona.
54. Un violín en la tormenta.
55. Los tres trotamundos.
56. El Marquesito.
57. Reunión en palacio.
58. El león plateado.
59. El pirata novel.
60. El reto del "Chacal".
61. La costa dorada.
62. En pos de "El Chacal".
63. El "León" y "El Chalal".
64. Aguas revueltas.
65. La voz de la sangre.
66. El verdugo espera.

* *

Editorial BRUGUERA - Barcelona